NORA CORTIÑAS: retazos de una vida incomparable

Gracias a Nora y toda su familia por abrirnos las puertas de su hogar e invitarnos a sumergirnos en sus recuerdos.

Esta publicación la empezamos a imaginar entre polvillo y cajas agrietadas. Dentro de un inmenso mar de recortes de diarios, fotografías y materiales gráficos, descubrimos que estábamos ante una fracción de tiempo atesorado con conciencia. Allí, en el cuartito del fondo, comenzamos a bucear con Norita al frente, haciendo de guía. Pero como el tiempo puede ser espeso hacían falta herramientas para poder esculpirlo.

Comprendimos que ella nos invitaba a seguir conociendo su historia y que nosotrxs podíamos ser la herramienta para modelar la materia prima de la que se compone la memoria. Y aquí nos encontramos, con la firme convicción de que esa memoria es colectiva y el compromiso puesto en mantenerla siempre activa.

Con cariño y profundo respeto, Ana María Duplat, Jayson McNamara y Francisco Villa.

Indice

6.

Introducción.
De metamorfosis, conexiones, barros y alquimias.

POR ANA MARÍA VÁSQUEZ DUPLAT

8.

Nora Cortiñas: historia visual de una vida incomparable.

POR CORA GAMARNIK

52.

Desde las villas a Norita

POR NELSON SANTACRUZ

60.

Norita

POR SUSY SHOCK

62.

Norita, Madre de la humanidad

POR GERARDO SZALKOWICZ

70.

Norita, conexión con el flujo del tiempo.

POR MARTA DILLON

De metamorfosis, conexiones, barros y alquimias

POR ANA MARÍA VÁSQUEZ DUPLAT
FUNDACIÓN ROSA LUXEMBURGO

Las lecturas que encontrarán a continuación son, como intentamos recuperar en el título de este libro, retazos de una vida incomparable: la de Nora Cortiñas. Son retazos, porque la colcha que ha bordado durante décadas de militancia es inabarcable. Es posible hablar de Norita, con ella y sobre ella, desde casi cualquier óptica de la historia Argentina, pero también de la de América Latina y de la democracia entera.

En su andar hay una síntesis que nos marca ritmos y caminos. Ha recuperado durante años fotos, afiches, volantes, listas, pasquines, borradores, anotaciones, recortes de diarios; una memoria histórica está guardada en su archivo personal; y en diálogo con una pequeña porción de ese archivo se encontraron les autores de estos textos. Como quien se para frente a una obra de arte, le entregamos 600 materiales escaneados de ese archivo y algunos audios de la propia Nora, que sirven como pie de página que acompaña el material. Les pedimos a les autores una lectura libre, inspirada en ellos; el resultado lo tienen en sus manos.

Cora Gamarnik nos adentra en la historia de la Nora alquimista, la renacida y parida por su propio hijo, aquella capaz de convertir el dolor en amor, la ausencia en omnipresencia, el odio en resistencia y la búsqueda implacable en una ternura solidaria que comparte generosamente con cada lucha y persona que la requiere. La mujer transformada en personaje público que ahora marca el camino de otres; la madre que, de una vida dedicada a la costura, a lo doméstico; se reinventó para cambiar por mayúsculas la M y así convertirse en Madre para protagonizar y tejer con buenos hilos una parte importantísima de nuestra historia.

Al mejor estilo de La Garganta Poderosa, Nelson Santacruz desde la Villa 21-24 nos convida una dedicatoria profunda, un grito homenaje desde las villas para Norita. Nelson la cita, la retoma, la sigue atento en su andar por los pasillos de los barrios, embarrada hasta el cuello como solo lo saben hacer les grandes compañeres. La cuenta con los ojos llenos de glitter y también de gases. Y, como si con Susy se hubieran puesto de acuerdo, se ocupa de hacernos llorar declarando por Norita ese amor revolucionario, literal, que también nosotres con este libro le declaramos hoy.

Un interludio poético nos regala Susy Shock. Sus versos nos estremecen y nos hacen vibrar con una semblanza hermosa de la Nora alimento, la Norita revolucionaria.

El cuarto retazo de esta serie de lecturas escrito por Gerardo Szalkowicz, uno de los biógrafos más cercanos a Norita, nos acerca a un pasaporte sin espacio para más sellos. Nos retrata a la Nora internacionalista, sin frontera ninguna. Gerardo nos muestra la(s) metamorfosis de Norita, la Madre de todas las batallas. La del bastón suspendido en el aire, la que voló buscando amplificación de su grito de justicia y después empezó a girar por el mundo convertida en megáfono del grito de otres. Una trotamundos de la democracia, la igualdad y la justicia que buscando ser abrazada se transformó en abrazo para el mundo.

Al cierre, Marta Dillon ata pañuelos y nos lleva a cruzar puentes de la mano de Norita, a sumergirnos en las arterias conectoras entre el Movimiento Feminista actual y las Madres de Plaza de Mayo. Norita es un eslabón fuerte de las cadenas que unen a estos movimientos. Su puño atado con el pañuelo verde hace juego estupendo con el pañal/pañuelo que cubre su cabeza. No es casual, nada en ella lo es. Norita hace parte hoy del feminismo, no como un ícono lejano sino como compañera, expresión monumental de lo personal que es político y de lo político hecho personal. El artículo abre ventanas para explorar las enseñanzas que las Madres nos impartieron sobre, entre otras cosas, cómo hacer del duelo un sentir colectivo; y el eco de los pasos circulando en Plaza de Mayo que retumba en cada Ni Una Menos.

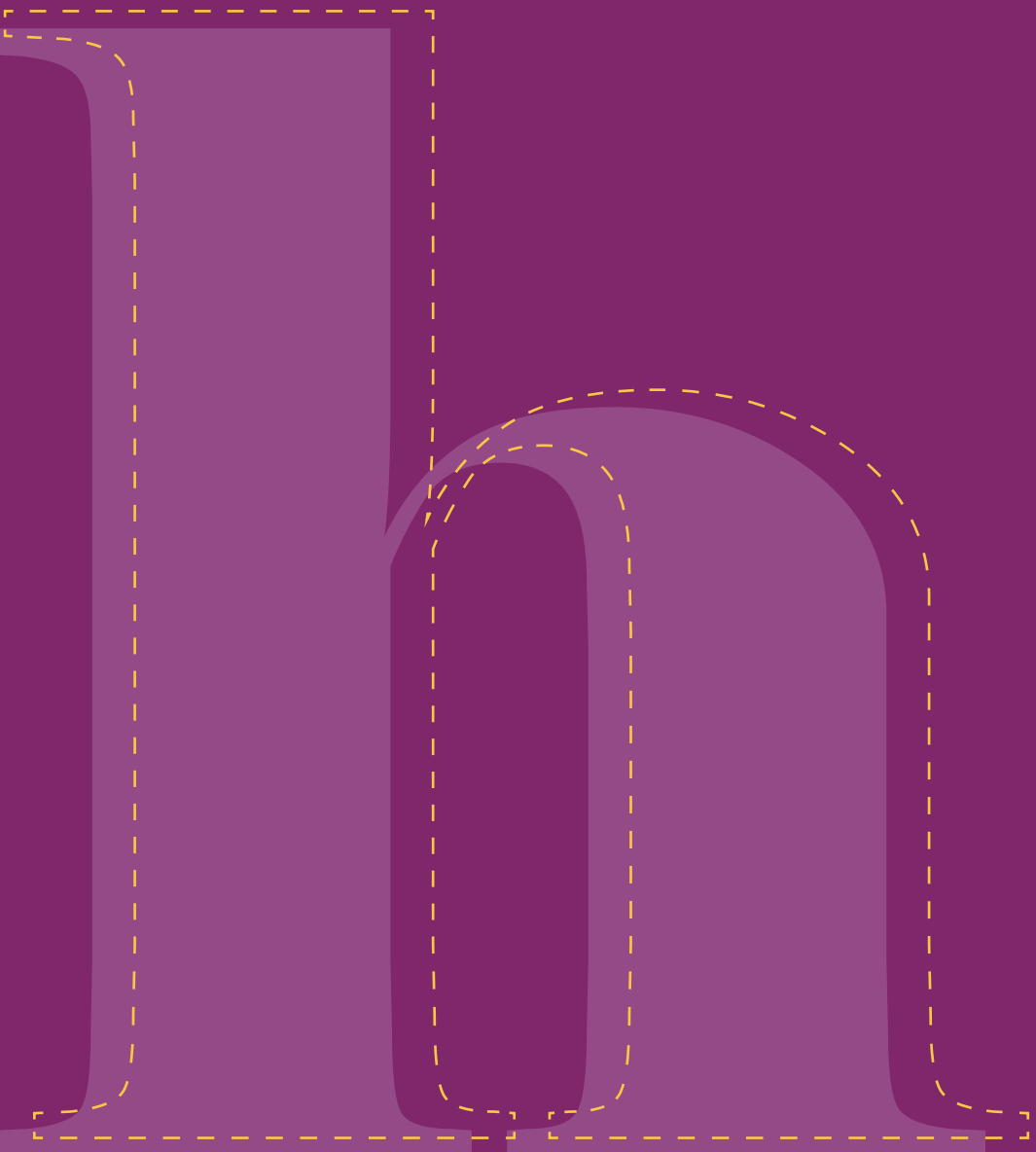
Agradecemos a Norita por dejarnos entrar y sentarnos en su mesa. Este es también un nuevo retazo de una historia compartida que empezó en los mismos orígenes de nuestra oficina. Para la Fundación Rosa Luxemburgo Oficina Cono Sur también es una presencia imprescindible. En diciembre de 2015 inauguramos nuestro trabajo en Argentina planteándonos como horizonte el de los Derechos Humanos -de ayer y hoy-, reivindicando la memoria, las complicidades y las disputas territoriales; y reinauguramos cuatro años más tarde, reafirmando y ampliando este enfoque. Norita estuvo y está presente en esta definición, guiando nuestro oficio y compromiso político. Seguimos su rastro, los lugares que recorre, sus reclamos cada jueves de Ronda. Ahí debemos estar. Siempre, del lado Norita de la vida.

Nuestro agradecimiento también a les compañeres que en medio de un año lleno de agotamiento, pérdidas e incertidumbres se tomaron el tiempo e hicieron pausa para mirar cada foto, cada afiche y panfleto y dejarse llevar por ellos para escribir estos artículos emocionantes. A Fernanda Roldán, Florencia Berella y Ricardo García Mernes por diseñar este material y a Francisco Villa y Jayson McNamara por motorizar y acompañar esta idea, ellos junto con su gran equipo nos entregarán próximamente un documental maravilloso sobre Norita que no dejará margen de duda sobre la trascendencia que tiene su figura en la historia de nuestros pueblos y nuestras luchas. ■

Nora Cortiñas:

HISTORIA VISUAL DE UNA VIDA INCOMPARABLE

Por Cora Gamarnik



Entrar al archivo personal de Nora Cortiñas es como mirar por una cerradura, hacer de pronto un viaje al pasado, encontrar un cofre lleno tesoros que contienen algún mágico secreto. Fotos, documentos, afiches, recortes de diarios se entremezclan y revelan en conjunto una dimensión visual y cronológica de lo que fue su vida.

Las fotos de su álbum familiar adquieren un carácter historiográfico, permiten ver cómo una adolescente divertida y enamorada llegó a ser uno de los máximos símbolos de la lucha por los derechos humanos en Argentina. Esta reunión de imágenes y documentos, fragmentos de pasado, articulan nuevos sentidos y se activan a la luz de lo que sabemos de ella hoy. El archivo personal y familiar de Nora, en sus ramificaciones, creado al ritmo de su propia metamorfosis, habilita una entrada a su vida desde diversas materialidades. Fotos azarosamente conservadas y otras que se amasaron al calor de su caminar. Fotos de vacaciones, cumpleaños, casamiento, hijos pequeños, familia ampliada. Cada una de ellas sale del espacio privado y adquiere a partir de su historia una importancia política y pública. El conjunto de los documentos nos permite conocer a Nora no solo como Madre de Plaza de Mayo, sino en instantes fugaces de su vida previa que quedaron detenidos en el tiempo, en su devenir signado por un punto de inflexión violento, brutal, desgarrador.

Cuando desapareció su hijo, Nora sintió como si el piso sobre el que estaba parada se hubiese derrumbado. Hizo lo imposible para encontrarlo y en ese camino se encontró a sí misma, a una nueva Nora que se hizo junto a otras madres con hijos e hijas también desaparecidxs. Desaprendió y aprendió a moverse en un mundo que desconocía. Enfrentó un poder que se creía invencible, descubrió un coraje que no sabía que tenía. Renació otra. Su archivo muestra ese antes y después, cómo se alteran sus prioridades, cómo cambian sus vínculos, cómo se reubican y amalgaman los lazos familiares previos con nuevas relaciones. Son imágenes que permiten entender su vitalidad, imaginar y narrar esa vida, ensayar un ejercicio sensible de lectura. El archivo de Nora no es la suma de los materiales allí reunidos, es la posibilidad de una visión de conjunto de una vida incomparable.

EL ARCHIVO DEL ANTES

El 22 de marzo de 1930 nació la tercera hija de Mercedes y Manuel en el Hospital Ramos Mejía de la Capital Federal. Manuel esperaba un varón pero nació Nora. La mamá la llamaba “bebita” por eso desde siempre en su familia le dicen Beba. Nora Irma Morales, una adolescente coqueta, “pizpireta”, activa, divertida, con una hermosa sonrisa. Extrovertida, a veces elegante, a veces sensual, a veces tímida.

A los 15 años Nora conoció en su barrio a Carlos Cortiñas, quien sería su novio y luego su marido. Se casa muy enamorada, para ella era cumplir un sueño. Ella cuenta que en la ceremonia de civil estaba tan emocionada que lloraba y lloraba, tanto que la jueza la separó para preguntarle si la estaban obligando a casarse. Pero no, lloraba de emoción, de felicidad. (Szalkowicz, 2019, 56).

Carlos comienza a trabajar en el Ministerio de Economía, muy cerquita de la Plaza de Mayo. Ese trabajo estable les permitiría planificar una economía familiar, comprar una casa en Castelar, arreglarla, ir de vacaciones a la playa, tener hijos.

Nora aprende el oficio de modista y descubre en la costura una actividad social y laboral. Toda una metáfora de alguien que viviría cosiendo su propia herida. Es esposa, ama de casa y pronto va a ser madre de dos niños. El 11 de mayo de 1952 nace su primer hijo, Carlos Gustavo Cortiñas. Carlos por su marido y Gustavo en honor el príncipe de Suecia.

La política no existía para ella, recuerda sí tenerle cariño a la figura de Evita, a quien Carlos había conocido personalmente por su trabajo en el ministerio. Dos meses después del nacimiento de Gustavo, muere Eva Perón y Nora quiere ir al funeral: “Yo le decía a Carlos ‘llevame, quiero ir’, él fue, pero no quiso que yo fuera, decía que había mucha gente, que tal vez era peligroso (…) ¡Qué increíble! Lo pienso ahora y no lo puedo creer, mi marido decidía por mí” (Szalkowicz, 2019, 58).

La anécdota muestra la vida de Nora antes del secuestro de su hijo, pero también la capacidad de autorreflexión sobre su propia historia.

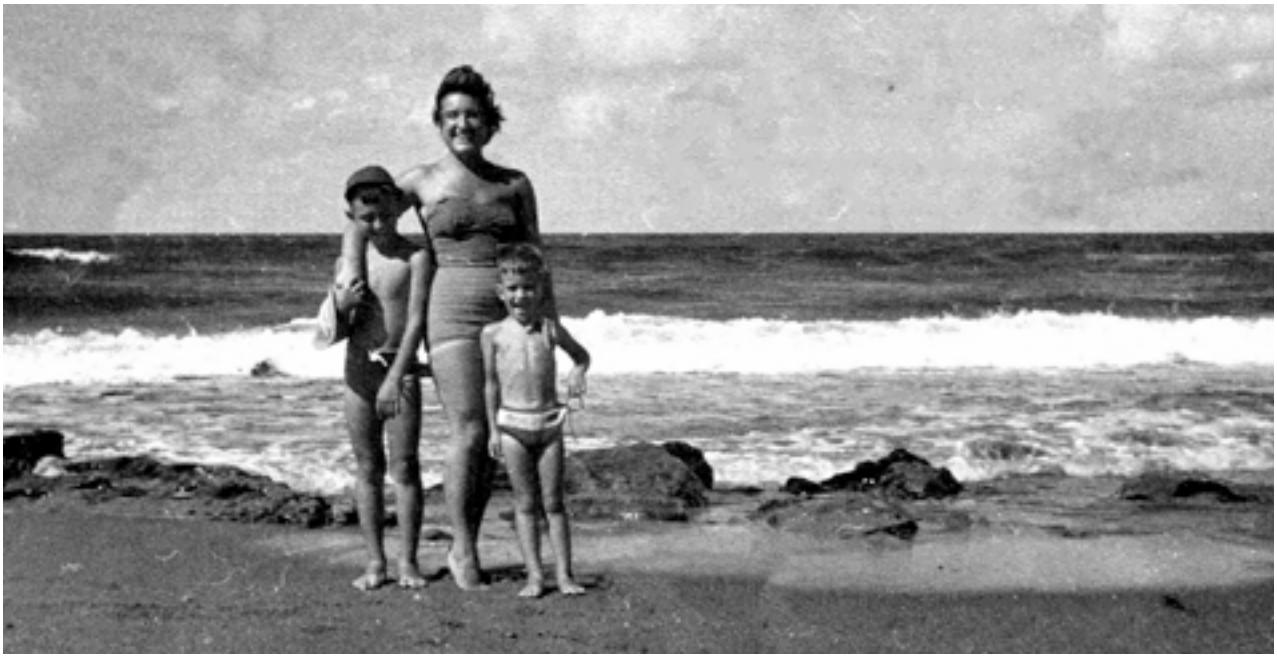
Carlos y Nora se mudan a Castelar, un barrio del oeste de Gran Buenos Aires apenas poblado en ese entonces. Gracias a un crédito bancario, logran comprar un terreno y construir su casa el mismo año en el que nace Gustavo. Nora tiene un esposo, un hijo, una casa, un oficio. Se sentía realizada. En 1955 nace Marcelo, su segundo hijo.

Nora se dedica a los niños y a la casa. Se ocupa de tareas domésticas, de las cosas de la escuela, de cocinar. Tenía dos especialidades, ravioles caseros y pastel de choclo, las comidas preferidas de Gustavo. Había tiempo para amasar, para hacer el relleno. Las dos familias se juntaban los domingos y ella amasaba ravioles para todos. El trabajo de costura le permitió conocer mujeres del barrio, hacer trabajos de modista a pedido, coser la ropa de sus hijos y de otros familiares. Empezó también a dar clases de costura. Así pasaba las tardes entre varias mujeres cosiendo, hilvanando, charlando. Era muy prolija, le gustaba tener la casa limpia y arreglada. Cuando Carlos llegaba de trabajar, estaba la comida preparada, los chicos bañados y ella lista para recibirlo. Nora cumplía lo que creía eran sus deberes de madre y esposa. Una vida puertas adentro. Pasarían muchos años para que analizara esa etapa de su vida con otra mirada.

Mar Azul
1957

De La Fuente
14 DE JULIO 3054
Mar del Plata
1956-57

1958
Chicleros
27996



Gustavo y Marcelo tenían amigos, jugaban al fútbol, iban a una escuela católica que quedaba a unas cuadras de la casa nomás. La religión era parte de sus vidas. Gustavo toma la comunión muy elegante con traje, un moño blanco en su brazo, un rosario en la mano. Era un momento significativo para la vida de la familia, valía la pena fotografiarlo. Se lo ve también de monaguillo en el casamiento de su tía Juanita, la menor de las hermanas de Nora. La iglesia era un lugar confiable, seguro, de apoyo espiritual. Los valores religiosos, un deber ser.

Al finalizar la escuela, Gustavo comienza a estudiar Administración de Empresas y a trabajar por recomendación del padre en la Comisión Nacional de Valores. Allí conoce a Antonia Canizo, quien militaba en la Villa 31 de Retiro. Descubre la iglesia para los pobres, las ideas de la teología de la liberación y la pobreza bien de cerca. Nora cuenta que un día volvió sin su campera, la había regalado, otro día había cambiado sus zapatillas por unas alpargatas rotas. A fines de 1971 conoce al cura Carlos Mujica, se hace nuevos amigos y amigas, comienza a militar. Gustavo se transforma a velocidad. En 1973 lo nombran responsable de la organización Montoneros en zona oeste. Tiene 22 años y elige, como tantos otros jóvenes en aquella época, la militancia como forma de vida.

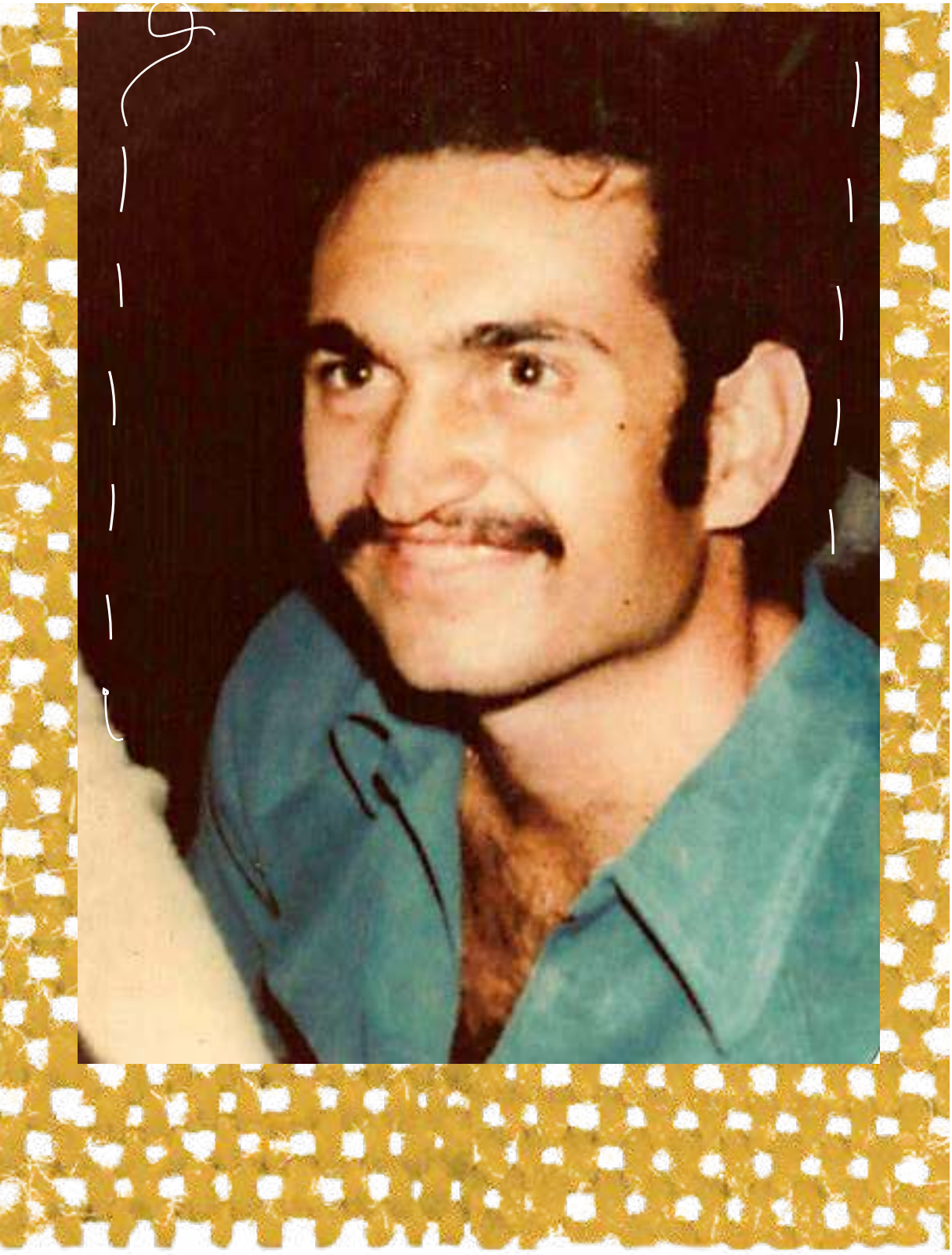
Hay una foto de Gustavo en la Villa 31. Varios nenes y nenas están delante suyo, a uno de ellos se le ve el agujero en su pullover. Gustavo queda detrás mirando a la cámara. Hay un dejo de tristeza en su mirada. Nora tiene esa foto en una mesita ratona en el living de su casa, en un lugar especial, es una de sus fotos preferidas. Su hijo tiene en esa imagen unos veinte años, ese día habían realizado una actividad para los chicos de la villa. En blanco y negro, sin fecha cierta, sin nombre de autor, sin que se pueda saber qué pasó con esos niños y niñas. En el borde de la imagen una mujer con una amplia vincha blanca embarazada sostiene su vientre.

El mismo día de la asunción de Cámpora y de la liberación de presos políticos de la cárcel de Devoto, Gustavo conoce a Ana. Inician una relación intensa y vertiginosa, a los tres meses se casan en una pequeña iglesia de Ituzaingó, la ceremonia la dirige un cura amigo y tercermundista. Los versos de Violeta Parra cantando “Gracias a la vida” resuenan en la capilla. En febrero de 1975 nace Damián, el hijo de ambos, el álbum familiar contiene fotos donde se los ve juntos, padre e hijo. Gustavo lo alza, lo mira tierno, lo ayuda a caminar, se sonríen mutuamente.

A los dos meses del casamiento de Gustavo y Ana, cae preso Paco, el hermano de Ana. Paco es torturado, pasa por distintos penales e inicia un calvario que duraría siete años como preso político. Nora acompaña a la mamá de Ana en sus búsquedas, la consuela, la ayuda. Su preocupación por Gustavo la mantiene en vilo. Su hijo y Ana pasan a vivir en la clandestinidad, Nora tiene que adaptarse a nuevas normas para verlos. Se encuentran en alguna iglesia, en direcciones pautadas de antemano, aprende a hablar en código por teléfono, a esperar una llamada, a recibir indicaciones. Aprende por amor. A Nora la envuelve el vendaval político de aquellos años. Nadie podía imaginar aún la crueldad de lo que vendría. El 24 de marzo de 1976 la Junta Militar da un golpe de estado.

LA DESAPARICIÓN

El 15 de abril de 1977 Gustavo se levantó temprano, tomó un café con leche y se fue caminando hacia la estación de Castelar para ir a trabajar. No llegó a tomar el tren. Nunca más se supo algo de él. La última vez que Nora lo había visto fue en Mar del Tuyú. Habían ido a pasar juntos la Semana Santa, Gustavo y Ana se volvieron el domingo de Pascua. Nora los acompañó hasta el micro, Gustavo subió y la saludó con una sonrisa desde la ventanilla del ómnibus.



La desaparición de Gustavo Cortiñas cuando tenía 24 años, el 15 de abril de 1977, abrió un abismo. Una violenta y abrupta ruptura con la vida que Nora llevaba hasta entonces, con el destino de ama de casa que asumía y aceptaba con naturalidad.

Cuando desaparece Gustavo, no desaparece solo su persona física, desaparece toda una forma de vivir, una idea de felicidad posible, una idea de futuro, de familia. Desaparece la vida tal como la conocía hasta entonces. "'Creí que me moría, pero no podía morirme, tenía que salir a buscarlo', dice Nora" (Szalkowicz, 2019: 42).

Se produce entonces un desmoronamiento, un estallido del mundo, la disolución de las coordenadas que la sostenían. Nora, como tantxs otrxs, tuvo que sumergirse en ese abismo. Su vida se trastoca, la organización familiar se pone patas para arriba, las tareas domésticas a su cargo se relegan, se redistribuyen o no las hace nadie. Nora iría descubriendo un coraje y una audacia que no sabía que tenía.

Entre las esquirlas que la historia tejió a su alrededor salió a la calle, sin saber cómo ni a dónde ir. Recorrió comisarías, hospitales, juzgados, iglesias, cuarteles. No podía quedarse quieta. Gustavo no estaba en ningún lado, nadie sabía nada de él. Nora no dormía por las noches, lo esperaba. Y en esos desvelos se preguntaba: "¿Y mañana qué? ¿A dónde voy? ¿Qué más puedo hacer?" (Skalkowicz, 2019: 85).

La vida de Nora está hecha de miles de esperas. Espera a Gustavo. Durante mucho mucho tiempo lo espera, le compra regalos en Navidad, ropa nueva, zapatillas. Fueron el amor y la lucha las que impidieron que cayera en la locura, en el desánimo, en la depresión, en la ausencia de ganas de vivir. La figura del desaparecido es la presencia constante de lo que falta, de lo que arrancaron violentamente de sus vidas. La imposibilidad del duelo es también la posibilidad de su llegada.

Lo que sí encuentra Nora en ese andar fue a otras madres que también buscaban a sus hijos e hijas. Nace entre ellas una trama de vulnerabilidad, interdependencia y cuidados mutuos. Cada una se sobreponía a una experiencia extrema que se había convertido en norma y se hacían fuertes a partir de su propia vulnerabilidad. Con un afecto desesperado y en carne viva, desprendiéndose de sí mismas y transformándose junto a otras, sosteniendo entre ellas el hilo de una ilusión, así nacieron las Madres.

SAPARECIDOS

EL PAPA Y LA ESPERANZA

Su Santidad Juan Pablo II pidió ante setenta mil fieles el 28/10/79 Urgente esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y detenidos en La Argentina.

Instando a que "haga una rigurosa adherencia a la ley y se respete la persona física y moral, aún de los culpables o tachados de violencia."

Dice L'Observatore Romano: "hoy algunos miles de hombres y mujeres esperan que el reclamo humilde y apasionado del Papa sea escuchado".

NOS UNIMOS A ESE RECLAMO CON EL NUESTRO DESESPERADO

¿PUEDE ARGENTINA DESOIR ESTA DRAMATICA APELACION DEL SANTO PADRE?

MADRES DE PLAZA DE MAYO

ESPACIO DE PUBLICIDAD
Jueves 10 de abril de 1980 — LA PRENSA

¡DIALOGO!

Lo hemos solicitado a las más altas autoridades repetida e infructuosamente.

NUESTRO TEMA:

¿DONDE ESTAN nuestros hijos "detenidos - desaparecidos"?

PREGUNTAMOS:

¿PUEDE haber tema prioritario a este reclamo angustiado de miles de madres argentinas?

¿PUEDEN nuestros gobernantes, humanamente, no abrir el diálogo sobre este tema?

Nuestros hijos NO desaparecieron en un campo de batalla durante el fragor de un combate. Si fueron arrebatados INERMES de sus hogares y detenidos en la calle, en sus domicilios o en sus lugares de trabajo por fuerzas de seguridad sin tener noticias de ellos posteriormente.

En la Semana de la Pasión de Jesús, hemos padecido con María el sufrimiento por su Hijo por nuestros hijos.

Esperamos el diálogo que conduzca a la pacificación verdadera y al imperio de la Justicia

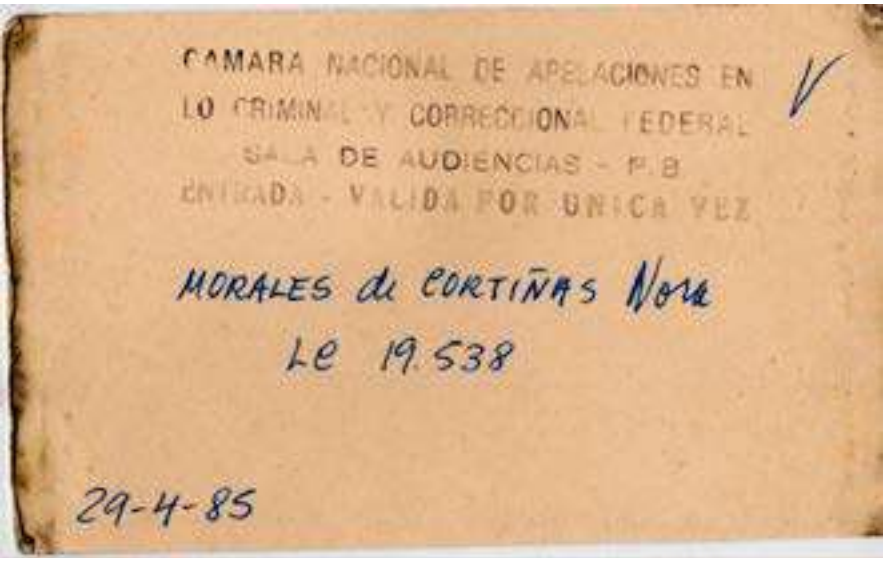
MADRES DE PLAZA DE MAYO

Madres de Plaza de Mayo
Línea Fundadora

MADRES DE PLAZA DE MAYO

TESTIMONIO SOBRE PERSONA DESAPARECIDA

DESCRIPCION DE LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA DESAPARICION


CAMARA NACIONAL DE APELACIONES EN
LO CRIMINAL Y CORRECCIONAL FEDERAL
SALA DE AUDIENCIAS - P.B
ENTRADA - VALIDA POR UNICA VEZ

MORALES de CORTIÑAS Nora

Le 19.538

29-4-85

Marcelo pierde a su hermano y en el mismo momento pierde a la mamá que conocía hasta entonces. La vida familiar se transforma, se descalabra, se reacomoda en un rompecabezas al que siempre le falta una pieza.

Gustavo siempre ayudaba a Nora a cocinar ravioles, le gustaba darles la forma con una maquinita. El recuerdo de ese momento compartido era tan doloroso que ella dejó de cocinarlos. Un día Nora volvió a hacer pastel de choclo y al hacerlo lloró, lloró y lloró. Nunca más cocinó entonces esa comida que a Gustavo le gustaba tanto. (Mellicchio, 2019,77) Muchos años después Marcelo le dijo: “Mamá, a mi también me gustan los ravioles y el pastel de choclo”...

La historia de los hermanxs de desaparecidxs está aún por escribirse...

EL ARCHIVO DEL DESPÚES

Las madres que se transforman en Madres (que no son todas, ni son la mayoría) se dieron cuenta muy pronto de que no podían quedarse en sus casas, de que tenían que salir a buscarlos, donde sea, como sea. Se dieron cuenta también que no podían solas, que se necesitaban unas a otras. Se van reconociendo entre ellas por sus miradas, por su forma de andar. "¿Y a vos quién te falta?", se preguntaban unas a otras. Ninguna madre pensaba que no vería más a su hijo o hija. Esa esperanza les daba fuerzas. Mujeres que no se conocían entre sí armaron un lazo de comunión entre ellas. Crearon juntas una organización a partir de la desolación y del amor. Fue un aprendizaje lento, doloroso, irreversible. Generaron una experiencia colectiva a partir del dolor y la esperanza, torcieron no solo los mandatos sociales y familiares, sino la lógica individualista, la parálisis que la dictadura quería provocar a partir del miedo. Se hicieron múltiples y fuertes uniendo voluntades, sueños y deseos dispersos, atomizados y frágiles. Hay en esa transformación conmovedora una politización en la que lo íntimo del dolor se transforma en comunidad afectiva, en reclamo incondicional de justicia y verdad. No hay individuos que puedan albergar una pérdida colectiva de dimensiones inconmensurables. Fue necesario interrumpir la soledad del dolor privado y el ensimismamiento, salir a la calle malheridas pero vivas.

En el umbral de lo individual y lo colectivo crearon una respuesta de amor y lucha frente a una crueldad inimaginable.

DYN

LA VOZ del pueblo

Domingo 25 de enero de 1981 LA VOZ

Con una manifestación en Plaza de Mayo

Se exigirá el fin de todas las actividades represivas

Madres de Plaza de Mayo. Es una de las entidades convocantes para la marcha a realizarse mañana

Y Nora, que no salía de su casa, que le pedía permiso a Carlos para ir a ver a su familia a la Capital, arrasada por el dolor y la desesperación se encuentra en una vorágine de nuevos desafíos. Aprende a viajar primero para ir sola desde Castelar hasta la Plaza de Mayo, a enfrentar el peligro, a esperar, a aguantar, a defenderse cuando tratan de humillarlas, a defender a su hijo, su memoria, sus decisiones, a desilusionarse, caer y volver a levantarse, a enfrentar a la policía, a que la traten de loca, a que le pinten “madre terrorista” en la pared impecable de su casa, a asumir nuevas responsabilidades, a armar solicitadas, hacer un hábeas corpus, a enfrentar la hipocresía, a que las vecinas dejen de saludarla, a que la lleven detenida, a hablar en público. Aprendería también a viajar por el mundo, a reclamar ante quien sea, a moverse en ciudades que le eran extrañas, a dar entrevistas, a realizar acciones para tornarse lo más visible posible. A enfrentar el miedo.

El archivo familiar de Nora se puebla de nuevas imágenes, reuniones, viajes, esperas, fotos con otras madres, fotos en iglesias, en juzgados, en micros. Caminatas de día y de noche, acciones, marchas. Nora sosteniendo una pancarta con la foto de su hijo, sosteniendo una bandera, hablando en un acto público con un megáfono, desde un escenario, Nora increpando a Monseñor Zaspe, con líderes políticos, con el Papa, con cantantes, con quien sea, donde sea.

Jubilee

CON VIDA LOS QUEREMOS

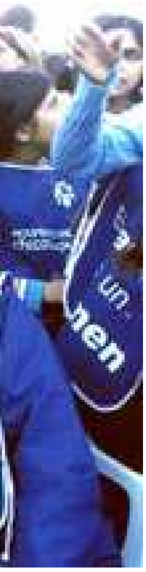
UNITED STATES HOLOCAUST

MADRES DE PLAZA DE MAYO
LINEA FUNDADORA

ARGENTINE

MADRES·PLAZA·MAYO

U.S. OUT
Free Palestine
the Troops Home NOW!



CLARIN • Buenos Aires, sábado 30 de julio de 1988 POLITICA • Página 15

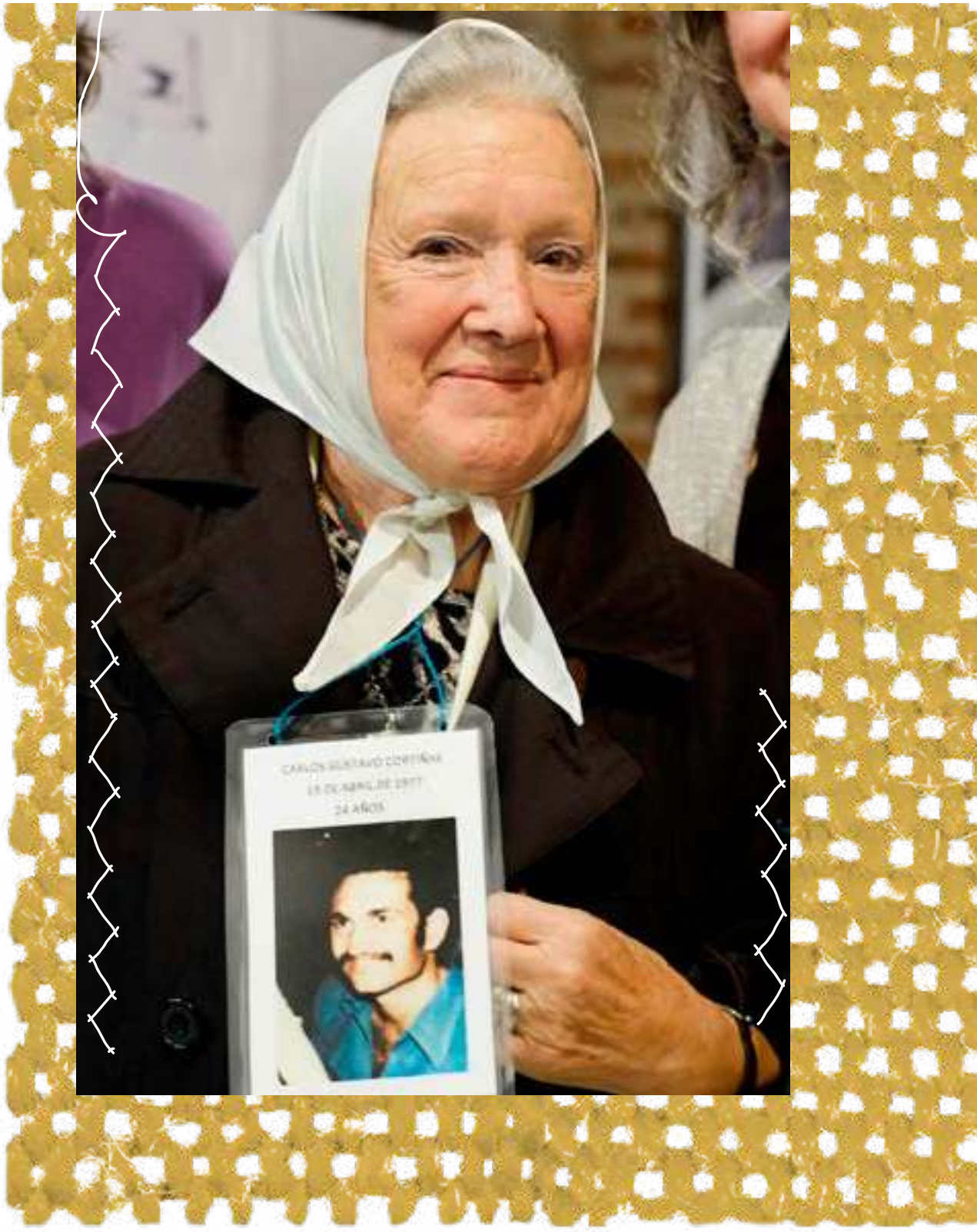
CHARLY GARCIA ESTUVO ENTRE LOS MANIFESTANTES

Protesta con cadenas

Venticlimas Barcala

Encuentre petróleo en la Rural.

Concurso


CARLOS GUSTAVO CORTIÑAS
24 AÑOS

La foto que Nora lleva de Gustavo es del día en que él se casó. Lo lleva con ella sonriendo, cerca de su pecho, en uno de los días más felices de su vida. Como en un ritual, Nora se acomoda su pañuelo blanco, se cuelga la foto de Gustavo y se pone zapatos cómodos. Con eso alcanza. Sale y se enfrenta a una dictadura.

EL ARCHIVO DEL HOY

Con los años las Madres fueron incorporando a sus históricos reclamos otras consignas, otras reivindicaciones, a solidarizarse con otras luchas, la de lxs docentes, lxs médicxs, por lxs desaparecidxs en democracia... Pero a muchas madres les costó aceptar los reclamos por la diversidad sexual, por los derechos trans, por la legalización del aborto, por la legalización de la marihuana. Aún hoy no hay acuerdo en estos temas. Nora mostró siempre una gran apertura ante lo nuevo, un espíritu joven. Ella escucha y aprende a medida que la propia sociedad cambia, que se transforman las agendas políticas. Nora se rehízo feminista.

Apoyo a las Madres
de Barrio Ituzaingó
¡PAREN DE FUMIGAR!
www.juicioalafumigacion.com.ar

LUCHANDO CONT

IDENTIDAD
A LOS 123 NN

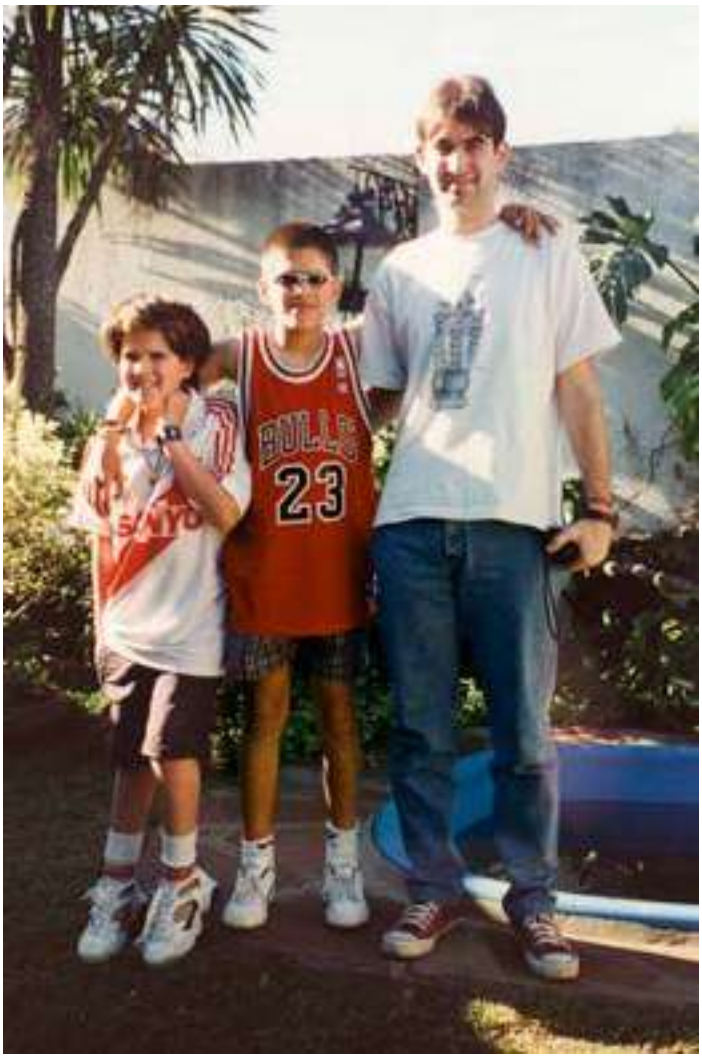
APROBAR ESTA LEY
ES FIRMAR EL
CERTIFICADO DE
DEFUNCIÓN DE LA
FORMACIÓN DOCENTE

Marcha nacional
CATILLO F
Estado es Resp

¿Dónde está
Facundo?
#FacundoAstudilloCastro

¡FUERZA VECIN@S DE #GUERNICA!

Nada lo hizo sola. Tiene una familia enorme. Marcelo y sus nietxs. Damián, el hijo de Gustavo, y su familia. Hermanas, amigas y amigos que la quieren, que la cuidan. Lazos de sangre y lazos elegidos, creados a lo largo de la vida.



NOT BMY NAME

Nora fue una impulsora central de lo que fueron las Madres de Plaza de Mayo y es sin duda una protagonista central de la historia argentina desde la dictadura hasta hoy. Se convirtió en estos años de democracia incompleta en un símbolo de lucha inclaudicable. En tiempos de impotencias, descreimientos y ausencia de sentido, ella emerge como un faro de coherencia.

Nora contagia. Contagia fuerza, energía, vitalidad, entereza. Algo especial genera con su presencia. Una certeza de que es posible atravesar el dolor sin hundirse en él, de que se puede perder sin sentirse derrotada. Nora fue rozada por la muerte y salió. Salió de su casa, de su barrio, de sus lugares comunes, del destino que tenía marcado. Buscó a su hijo creyendo que lo encontraría vivo; cuando esa esperanza se diluyó, siguió igual, siguió para saber qué habían hecho con él y con todxs lxs desaparecidxs, para pedir justicia, para buscar a los culpables, para exigir una condena. Nora no se reconcilia ni se rinde. Trenzó a lo largo de su vida violencia y miedo con afecto y lucha, se hizo fuerte a partir de su fragilidad y su amor. Forjó su existencia a partir de esa ausencia, de la relación íntima y de compromiso con su propio hijo. Esa desposesión radical que sufrió la volvió sensible ante cada injusticia. Hay algo de alquimia en la vida de Nora, como si ella misma fuera un catalizador, algo la atraviesa y se transforma, el dolor en abrazos y risas, la soledad en compañía, la rabia en resistencia y creatividad, la brutalidad en amor y rebeldía. La injusticia en lucha. ■

Desde las villas a Norita

Por Nelson Santacruz, redactor de La Garganta, desde la Villa 21-24.

Si alguien rastrea nuestros diez años de trabajo periodístico se encontrará con un detalle no menor. La única tapa dorada, de las 108 ediciones de la revista publicadas hasta la fecha, corresponde a nuestra mamá de todas las batallas. En ese tiempo, mayo de 2013, la agenda popular concentraba sus ojos en la criminal empresa Barrick Gold, a quien con ella y sus firmes ideas le gritamos "¡Go home!". Varias veces, quienes sufrimos las peores inundaciones por la escasez de políticas públicas en los barrios y que de enero a enero combatimos el silencio de la falta de agua potable, nos encontramos entre las exigencias medioambientales con ella. Una compañera que no esquiva los pasillos para sentir de cerca, con el corazón de una madre, el olor nauseabundo del Riachuelo, el comedor que cada vez cocina más platos para calmar el hambre que nos hostiga, la oscuridad que nos deja la ausencia del Estado con cada corte de luz, el desempleo que nos margina y– las cooperativas que abrimos como respuesta, los femicidios villeros no televisados y los gatillos fáciles que no aparecen en ninguna placa. Todo, todo, pero todo lo siente con el pañuelo puesto. Porque ahí, en ese tejido de memoria, yacen también las canas de nuestra historia. "El pueblo es el mayor patriota que tenemos en el país", supo decirnos en cientos de rondas, 30 mil veces Nora Morales de Cortiñas, una garganta que grita. O, simplemente, Norita.

"Ante los ojos cerrados de críticos hipnotizados, el pulpo dorado se aprovechó del desconcierto, para saquear nuestros mares de tierra, con su minería a cielo abierto. Emanando veneno transparente, pareciera adormecer al periodismo obediente, pero su negocio encubierto se choca de frente con un pueblo despierto, en cada rincón de la Argentina, desde Tinogasta hasta Famatina. Justito ahí, donde hablan bajito los voceros oficiales y los multimedios encubren a sus socios transnacionales, la agenda hegemónica simula entrar en duda, pero en realidad, se está haciendo la boluda. Porque para comprender la naturaleza, basta mirar las raíces, y si no, revisar los métodos de extracción que utilizan en sus países. Pero por suerte, cuando los justicieros callan, las minas estallan y la tele no grita, ¡sale a la cancha Norita! 'Ni oficialista, ni opositora', nunca se llama a silencio la garganta de la Línea Fundadora, que combatió los crímenes de la dictadura a la hora del espanto, con la misma vehemencia que hoy combate a Barrick Gold y Monsanto. Nosotros la amamos porque es nuestra vieja, cuando aplaude y cuando se queja, cuando lucha y cuando escucha, todas las semanas, en todos los horarios, por los otros, por nosotros y por los pueblos originarios. Y en cada paso perdido, sigue buscando a su hijo desaparecido, pero mientras tanto, lo encuentra cada día, reivindicando los sueños que él tenía. Si no lo conociste, llegó la hora de tu desayuno: Gustavo militaba en la Villa 31. Su ejemplo nos educó y su mamá nos crió, para que nadie pudiera dinamitar nuestro suelo, ni canjearnos el futuro por un premio consuelo.

Si firmaron con sus manos, que lo borren otros codos… A esta mina de oro, ¡la cuidamos entre todos!", tipeamos en aquella oportunidad. Hoy reafirmamos cada letra mientras la extrañamos, como Nora añora la calle que dejó para cuidarse de esta pandemia histórica, que la dejó encerrada, pero siempre libre y jamás callada.

LA QUE SIEMPRE ESTUVO

Norita es nuestro barrio cuando es la mamá de las y los desaparecidos como Gustavo. Ese pibe que militó el apoyo escolar en la Villa 31, por los mismos pasillos que rezan al Padre Carlos Mugica: "Sobre el barro de las villas, más que sobre ningún otro suelo, Gustavo sentía que podía cambiar la realidad, porque ya por entonces primaba la estigmatización que las presenta como cuevas para el narcotráfico y la delincuencia, omitiendo la verdadera cotidianidad de las comunidades obreras, donde la gente se levanta temprano para ir a trabajar, en muchos casos tirando de un carro durante horas, para intentar sobrevivir honestamente". Norita es nuestro barrio cada vez que habla con el sol o el frío de la noche en el Puente Pueyrredón, para ser una vez más Maxi y Darío. Norita fue nuestro barrio por su pañuelo que envolvió al dolor ajeno como propio, cuando en Zavaleta las Fuerzas de Seguridad liberaron la zona para que una bala se llevara a nuestro compañerito Kevin, de 9 años. Ahí, y en todas las infancias golpeadas, ella estuvo.

Norita fue nuestro barrio todas las veces que se vistió de verde para pedir ni una muerta más por el aborto clandestino: "Pese a estas prácticas que lesionan a la democracia, seguiremos debatiendo, llevando políticas de fondo como la Educación Sexual Integral. Existe una generación extraordinaria que sale a pelear por sus derechos. Ahora, más que nunca, tenemos que luchar hasta que nadie se crea con el derecho a decidir por la mujer". Norita fue nuestro barrio, también, cuando el macrismo jugaba con nuestro hambre: "Estaré marchando por la Ley de Emergencia Social porque se hace necesario declararla. Los habitantes de nuestro país merecen una vida digna, sin estas diferencias abismales entre ricos y pobres. Yo, en su momento, fui trabajadora de la economía popular como modista de alta costura, desde la informalidad". Norita fue nuestro barrio cada vez que pidió por la libertad de Lula Da Silva, el tornero que cambió Latinoamérica y en 2018, cuando hicimos nuestro último Foro Internacional de La Poderosa en Brasil: "Este foro latinoamericano forma parte de la lucha que asumí desde el día en que la dictadura se llevó a mi hijo, cuando me propuse no parar hasta que en Argentina y el resto del continente conquistemos la justicia social. Esas aspiraciones que tenían nuestras hijas e hijos por construir una sociedad mejor me dan fuerzas para acompañarlos en esta caravana histórica".

Norita fue nuestro barrio cuando nos lanzamos a la Nacional Rock para emitir La Garganta Radio en la frecuencia de nuestra propia agenda de base. Norita es nuestro barrio, claro, en cada Marcha de la Resistencia, como la de 2017: “Nuestros hijos e hijas lucharon por un país para todas y todos, pero hoy vamos a contramano de aquella utopía. Despidos por miles, persecución a las comunidades indígenas, luz verde para reprimir, políticas económicas de concentración y esta Justicia repugnante nos empujan a manifestarnos contra los atropellos y nos obligan a no bajar la guardia”. Ese mismo año, Norita fue nuestro barrio, como altoparlante contra la reforma previsional carroñera que atacaba a los jubilados: “Nuestra supervivencia está cada día más difícil y si aprueban esa ley rodeada de gases agravarán esta situación. ¿Pero saben qué creo? Que se trata del odio profundo hacia al pueblo, que resulta muy lamentable. Pero también muy peligroso. ¿A dónde vamos a parar? Hay que hacerles notar cuán equivocados están para que puedan recapacitar de inmediato, aunque dudo que sea posible, porque su staff está conformado por muchos hombres y mujeres que apoyaron el terrorismo de Estado”.

Norita es nuestro barrio cada vez que reclamamos por Santiago Maldonado, y cada vez que recordamos la persecución a las y los docentes por pedir por su aparición: “¡Estoy molesta! Porque me indigna profundamente que Macri, el mismo que tantas veces negó a los 30.000 detenidos desaparecidos, hoy utilice justito esa cifra para interpelar a los docentes que no cierran la boca. Y al resto también, porque la educación es el mayor emblema de la memoria”. Norita fue nuestro barrio cuando la Prefectura secuestró y torturó a Iván y Ezequiel, de 18 y 15 años, en la Villa 21-24. Luego, en plena democracia, la ministra Patricia Bullrich comenzó a hostigarnos directamente en los medios como sus Fuerzas en el territorio: “¡Torturas! Sin eufemismos, un caso extremo de violación a los Derechos Humanos que no podemos aceptar para nuestro pueblo. Nunca, pero Nunca Más”. ¿Saben qué? Norita fue nuestro barrio cada 24 de marzo, incluso en la pandemia: “Es imposible que podamos ir todos los jueves a hacer la ronda, ¿pero quién dijo que estamos fuera de la plaza? ¡Estamos alrededor! No nos quedamos quietas porque hay mucho que hacer: seguimos pidiéndole a los jueces que abran los archivos para que muchas personas puedan conocer su identidad”. Estos meses, ella misma nos pidió que pudiéramos llorar: “Las lágrimas también son un acompañamiento, tenemos derecho de sacar lo que llevamos dentro”.

Norita, como leerán, es nuestro barrio en las adversidades y festividades. Aterrizó con su bastón en el Día del Niño, en las ollas populares, en las marchas del feminismo villero, en los festivales repletos de pibas y pibes, en la fuerza de las cooperativas de trabajo, en el comedor de la 31 que lleva el nombre de su hijo, en el salón de zumba del Polideportivo Diego Armando Maradona de Zavaleta, que lleva su rostro como mural. Norita es el barrio cuando hay que gritarle a cualquier genocida, como hace cuatro años, cuando los quisieron liberar: “No hay nada que pueda debilitarnos. En ese sentido, la triste noticia de la domiciliaria al genocida Miguel Etchecolatz sólo nos dio más fuerza para continuar. Y a la indignación, la transformamos en más coraje, porque no tenemos otra alternativa ante un gobierno que lo único que quiere es volver atrás y destruir lo conquistado con tanto sacrificio”. Norita es nuestro barrio cuando repudia al FMI. Norita es nuestro barrio todas las veces que apuntó a la cúpula de la iglesia. Norita es, además, nuestro barrio cada segundo que respira para que otras puedan respirar: “No quedan dudas: esta pandemia sí distingue clase social y no afecta del mismo modo al conjunto de la población. Por eso, amén del color partidario que gobierne, todos los estamentos del Estado deben abordar de manera urgente y específica esta realidad que mantiene a miles de familias frente a un riesgo inminente, por la emergencia social, económica y sanitaria”. Y Norita fue nuestro barrio cuando, dos semanas después, perdimos a nuestra compañera Ramona Medina por lo que ambas exigieron y jamás llegó: el agua.

Norita es barrio hasta en Nochebuena, cuando desplegamos una mesa larga por nuestro pasillo para compartir una cena. Como solemos decir, el pico más alto del mundo mide un metro y medio. En verano, en invierno, en otoño y en primavera, Norita estuvo. Norita fue nuestro barrio cuando nos dijo: “Si es necesario, resistiremos cien años más”. Y cada vez que nos convoca en el ritual de la memoria: “30 mil compañeros desaparecidos”, decimos: “¡Presente!”. Luego del bis, replica: “Ahoraaaa….”, y respondemos: “¡Y siempre!”. “Ahoraaaa...”, “¡Y siempre!”. Norita es nuestro barrio, porque al final gritamos en coro: “¡Venceremos, venceremos, venceremos!”.

LA QUE SIEMPRE ESTARÁ

Hace poco, charlando con Damián Cortiñas, el hijo de Gustavo, nos comentó que su abuela era también su compañera. En medio de la crisis sanitaria que nos impidió marchar con ella, el coletazo también nos alejó del cumpleaños número 90 de Norita: “Primero es mi abuela, la que hace buñuelitos, la que me caga a pedos, la que me consentía, pero también es una compañera invaluable que está siempre donde debe estar, del lado Norita de la vida”, nos contó Damián. Pero esta admiración familiar se separa muy bien de su faceta como militante por los Derechos Humanos: “Tenemos las mismas luchas que las y los 30.000, que soñaron una patria libre, justa y soberana. A mi viejo lo secuestraron cuando yo tenía 2 años, crecí al lado de ella, que me ayudó a construir la figura de él y mi identidad”. El abrazo de Norita libera endorfinas que llenan la Plaza, cada jueves, y que resulta muy necesario. Por eso hacemos propias las palabras de su nieto: “No podés estar cansado o derrotado: la ves a ella y te da esas fuerzas que no sabemos de dónde saca. Su abrazo nos empuja a seguir en cualquier circunstancia. Tiene esa sensibilidad mágica de mezclar lo más duro de nuestra historia con su

sonrisa, que nos da paz. La militancia no puede ser siempre a cara de perro y así nos lo muestra".

De hecho, hace pocos días previo a cerrar estas líneas, la visitamos en su casa. La encontramos, luego de muchos meses, con la misma sonrisa con la que la habíamos despedido en la última marcha multitudinaria. Para ella, lo sabemos, no fue fácil. Pero estaba ahí, de pie, como toda su vida. ¿Cuáles son para Norita los derechos humanos sin saldar en Argentina? En su tiempo nos supo decir que se trata de "los derechos económicos, sociales y culturales que siguen siendo violados". Su receta secreta para no rendirse, nunca la sabremos. Pero sí sabemos que ella pisa el barro, en los confines de cualquier pasillo, para llegar a un potrero y sumarse a un fulbito. Que es capaz de teletransportarse entre las grietas de humedad para acercarnos su brillo a quienes, dicen seguido, sólo emanamos oscuridad. Pone su faro, alza la mano, pega un grito y exige que paremos la pelota. Para mirar ahí, para observar acá, donde las marginadas del sistema no solemos tener respuestas.

Esta especie de homenaje, sabemos, no alcanza. Habrá tantas más que la recuerden por cientos de anécdotas bellas y enquilombadas, por sus viajes, sus hazañas. Por su luz iluminando cada lucha. Porque así como irrumpe en un escenario de la Marcha del Orgullo, rodeada de marikas, travas, tortas y bisexuales de los barrios para llenarse de brillantina, también

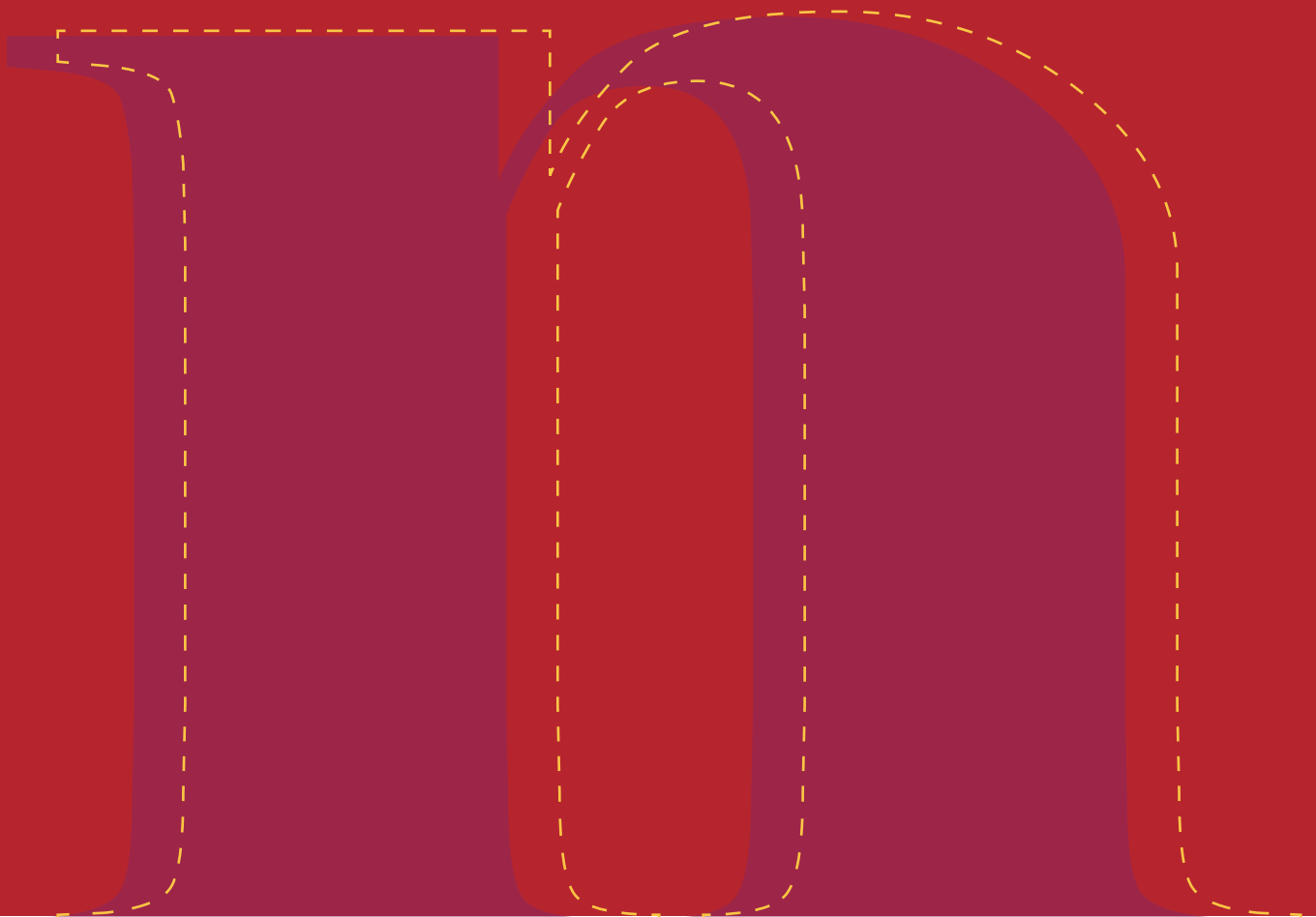
esquivó gases lacrimógenos para bancar a las y los obreros perseguidos por cualquier antipueblo.

Por eso, cuando nos pidieron escupir en estas páginas lo que significaba Norita para nuestras villas fue difícil. Porque ella es un mundo, una esperanza para la juventud y una inabarcable piel de conceptos. La primera persona del plural queda chica para explicar nuestro amor. Y no un amor cualquiera, ese romántico o incluso el familiar. Es ese amor revolucionario que nos hace llorar, literal. Porque, ¿cómo es que los negritos íbamos a tener una abuela o una mamá que tal vez no conocíamos y que siempre está en las peores circunstancias? Les juramos que los pasillos se llenan, la invitan a las casas a comer, la cuidan, la abrazan, se arma una caravana que la sigue para oír sus enseñanzas y respirar un poquito de oxígeno en medio de tantísima desigualdad. Ahí frente a ella, y sus ojitos negros perlados, volvemos todas y todos a ser niños y niñas que sueñan más de cerca la transformación de nuestra realidad. ¡La pucha! Qué duro, de verdad.

Para cerrar, sin despedirnos jamás, queremos hablarle al lector y a la lectora de la posteridad. A quien tome este pedazo de papel en el futuro, que es presente, y decirles no solamente que la o lo esperamos en cualquier villa donde lo injusto todavía predomine. Por donde los pies de Norita escribieron, caminando, su historia. Por acá en los barrios, donde damos todo y donde nos falta mucho, queremos dejarles una pregunta que le hicimos alguna vez: ¿Qué sueño te queda en la vida? Y por si preguntan, por allá, en el futuro de lucha, su respuesta fue una sonrisa tranquila, sin pausa y siempre apuntando para su costado, mirando fijo: “Antes de partir, quiero ver a la Argentina sin hambre. Por esa transformación soñaba y luchaba Gustavo, mi hijo”. ■

Norita

Por Susy Shock



Norita viene,
siempre viene, trae su canasta de abrazos y mata a la soledad
titána de sonrisa terciopelo
y una linterna, bichita de luz, que nos guía
no necesita gritarlo, para eso están los giles, los perversos,
los que violentan las mariposas
los que nos desangran las horas
los dueños de nuestro tiempo.

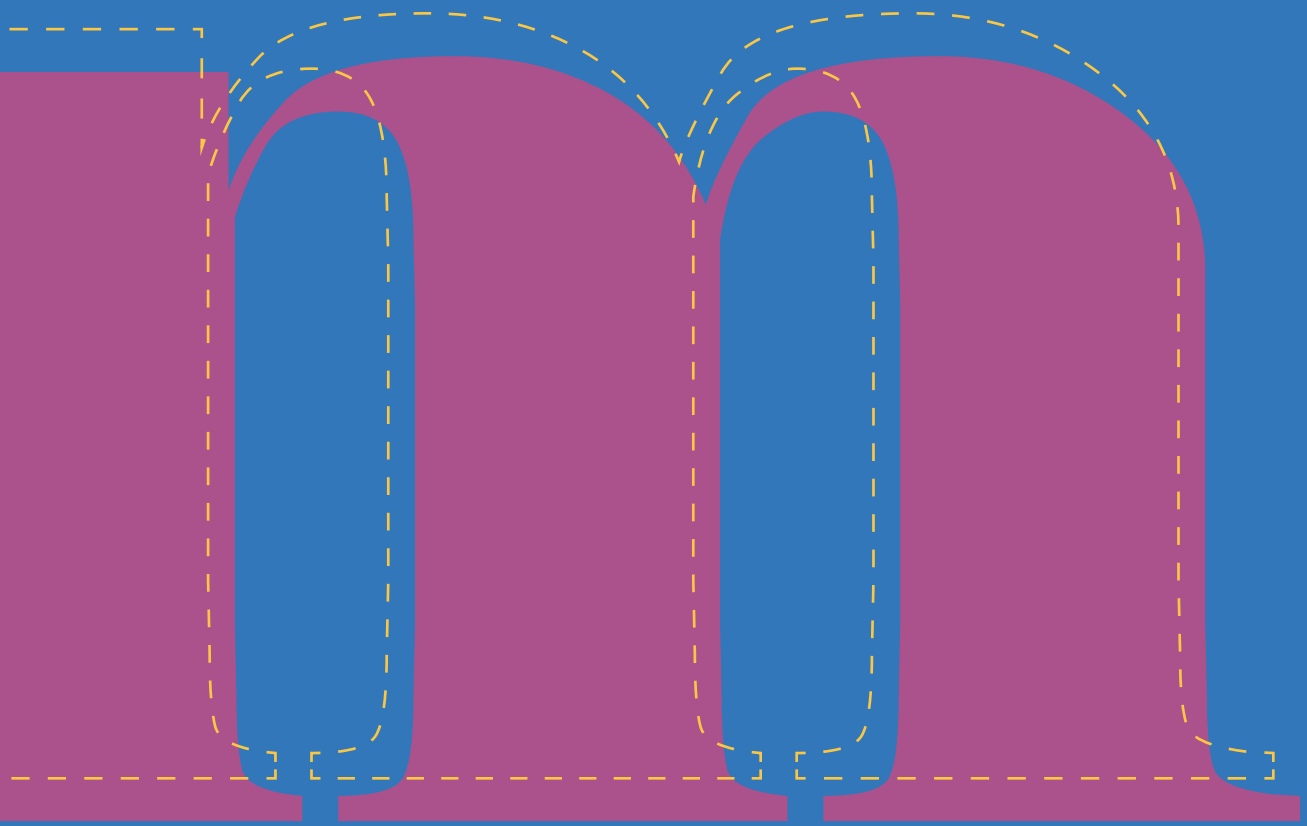
Norita sabe, por eso abrió su mesa
nos sentó a las travas con los pibes del barrio,
y al obrero y a la chica de la facu, y a los pueblos originarios
y nos invitó de su alimento
y nos mira pelearnos, diferenciarnos y amarnos al mismo tiempo
y nos pregunta si queremos más, si nos gustaron sus manjares
y entonces nos invita a salir a la calle
y agarrar por el mismo lado
porque hay lobos sueltos, y el camino es arduo

Norita canta, se agaviota en el medio del espanto
sabe que, así como hay Videlas hay Tuñones
y entonces también se pone flores en su rostro
y renace toda envuelta en un Poema
ella, la más joven de todas
ella, Revolucionaria.

FOTO: Doris Sanabria - @ojonomade

Norita, Madre de la humanidad

Por Gerardo Szalkowicz



De la Plaza de Mayo a Japón, de Honduras a Kurdistán, de Haití al Sahara Occidental, Nora Cortiñas rueda por el mundo desde hace más de cuatro décadas llevando su mensaje de aliento y solidaridad. De las fotos y recuerdos de su archivo personal brotan las huellas de un internacionalismo a flor de piel, uno de sus tantos rasgos admirables.

Con sus pasitos cortos y ligeros, la señora se acerca al mostrador de Migraciones. Una mano arrastra el pequeño bolso con ruedi-tas, la otra sostiene la cartera y un bastón japonés que rara vez toca el suelo para cumplir su función. Su estatura XS y los larguísimos segundos de silencio que transcurren la llevan a ponerse en puntas de pie para chusmear qué pasa dentro de ese frío paraje burocrático. La empleada sigue ojeando el pasaporte, no dice nada pero su gesto trasmite preocupación, se levanta, parece que va a consultar a un supervisor. Por fin vuelve y explica desganada, con pausado acento meditabundo, sin despegar la vista de su pantalla:

-Por esta vez puede viajar pero tiene que renovarlo.

-¿Pero cómo? Si me fijé y vence el año que viene.

-Es que ya no tiene espacio para más sellos.

La señora se llama Nora Irma Morales de Cortiñas, aunque en general alcanza con decir Norita. Porta con hidalguía sus casi 92 años y desde hace más de 44 peregrina por la vida buscando a su hijo Gustavo, secuestrado y detenido-desaparecido desde el 15 de abril de 1977. Pero esa lucha inicial, instintiva, incansable, "visceral" como siempre dice, que la erigió en una de las referentes de las Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, la fue llevando a transitar un camino de militancia todoterreno y de activismo solidario que la convirtió en "la Madre de todas las batallas".

Norita condensa un cúmulo de cualidades (vitalidad, ternura, generosidad, irreverencia, sencillez, coherencia, sonrisa permanente, humildad) que la hacen un ser extraordinario. Dedica cada minuto de su vida a acompañar todas las causas justas, incluso durante este escabroso paréntesis pandémico, anduvo de zoom en zoom, de llamada en llamada, de videomensaje en videomensaje, abrazando virtualmente cada lucha, pedido o actividad militante. Brújula y faro de varias generaciones, símbolo de resistencia inclaudicable, puente entre nuestras heroínas del pañuelo blanco y la revolución del pañuelo verde, puente entre la memoria y la utopía, para muchísima gente Norita es la principal referencia política (y ética) que hay en la Argentina.

Pero el foco de estas líneas apunta a la Norita fronteras afuera. A la Norita internacionalista, otra de sus características más arraigadas y encantadoras. En sus intervenciones públicas, en cualquier charla o acto, siempre hace mención a los conflictos de la coyuntura mundial y suele tener a mano para compartir algún poema palestino o del pueblo saharaui o de las mujeres de Kurdistán. Gracias a esa impronta, las rondas de los jueves de las Madres en la Plaza de Mayo se convirtieron en un escenario para amplificar la agenda de lucha internacional, para visibilizar las resistencias de los pueblos del mundo. Norita lleva tatuada en el alma "la cualidad más linda de un revolucionarix", aquella premisa guevarista de "sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo".

LA METAMORFOSIS

Hasta sus 47 años había sido la típica madre y ama de casa tradicional que el mandato y el sentido común de la época imponían. Desvinculada de la política, “encerrada entre cuatro paredes”, como le reprochaba Gustavo. Cuando le arrebatan a su hijo sale instintivamente a la calle, sufre una abrupta metamorfosis y se marcha definitivamente hacia lo desconocido. A los días se suma al naciente grupo de mujeres que se empezaban a reunir en la Plaza de Mayo y que luego harían historia con un pañuelo blanco en la cabeza y todo el coraje en el espíritu.

Un año después, a mediados de 1978, se impone la euforia popular por el Mundial de Fútbol organizado en el país mientras el uniforme coro de los medios de comunicación oscila entre invisibilizar y demonizar a las Madres. Ellas quedan en un lugar incómodo, de creciente aislamiento, entonces deciden buscar apoyo en el exterior, viajando en general en grupos de dos o tres Madres.

A Nora le toca viajar a Chile con Marta Vásquez en noviembre de 1978 a un simposio por los 30 años de la Declaración de los Derechos del Hombre. Es la primera vez que sale del país y la primera vez que se sube a un avión. Allí palpa de cerca la esencia de la dictadura pinochetista y empieza a tomar conciencia de la dimensión regional del momento político y del Plan Cóndor como brazo ejecutor. “Nunca imaginé que mi primer viaje al exterior iba a ser por algo tan trágico. Los nervios por subirme a un avión o por ir a un lugar desconocido o el miedo de que nos hagan algo los milicos chilenos, todo eso estaba tapado por el dolor profundo que nos empujaba a hacer cualquier cosa y a ir a dónde sea –recuerda Norita, o más bien intenta recordar–. En ese primer viaje conocí a luchadores y luchadoras de muchos lados, ahí empecé a entender que a los países latinoamericanos nos pasan cosas parecidas, que tenemos los mismos enemigos y que es muy necesario también hermanar nuestros dolores y nuestras luchas”.

Su segundo viaje será a mediados de 1979 en una gira de un mes por diez países de Europa organizada por Amnistía Internacional. Cuenta Norita: “Ahí lo conocimos a Osvaldo Bayer, con quien después hicimos una linda amistad y fue uno de los compañeros que más admiré. Él estaba exiliado en Berlín y nos alojó en su casa. Tengo una imagen de esos días que no se me borra: nosotras dormíamos en unos colchones en el piso y a veces nos costaba dormir por todo lo que estábamos viviendo, encima en países desconocidos, sin entender los idiomas y con un peligro que estaba todo el tiempo latente. Así que muchas veces nos dormíamos tomadas de las manos. Así nos conteníamos para sobrellevar ese calvario”.

Luego irá a Washington a la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), donde su testimonio y su discurso –nada menos que frente a la diplomacia del continente– da cuenta de su destreza para adaptarse a los espacios más disímiles y del cuadro político que empieza a germinar.

Su derrotero militante la llevará en las décadas siguientes a viajar por casi todo el mundo, a empatizar con un sinfín de resistencias, a asimilar el engaño de las fronteras. Son muy pocos los países que no visitó. Y apenas un puñado a los que fue de paseo. La han invitado de infinidad de lugares a dar charlas, participar de actividades, congresos, homenajes o simplemente a conocer procesos de lucha e intercambiar saberes.

Desde los primeros viajes a fines de la década de 1970, cuando transportaba el reclamo desesperado y urgente de las Madres, Norita se fue transformando en una hormiguita viajera que no paró de darle vueltas al mundo. Siempre poniendo el cuerpo. Regalando su conducta como fuente de inspiración. Exportando su energía y trayendo aprendizajes. Asumiendo el compromiso de tender puentes y ayudar a difundir las realidades lejanas. Haciendo pedagogía del ejemplo.

Tal vez en esa escuela del viajar, en el jugo que le sacó a esa incalculable cantidad de millas acumuladas, esté una de las claves de su sabiduría y de esa solidaridad internacionalista que le brota por los poros: “Conocí muchos lugares pero lo más importante son las personas que conocí en esos lugares. Me faltan pocos países que me gustaría conocer, uno de ellos es Palestina. Es mucho lo que recibo en todos lados, creo que demasiado. Yo sólo llevo mi testimonio y trato de aportar lo que aprendí en estos cuarenta años de lucha: que nunca hay que bajar los brazos ni perder las esperanzas. Porque algún día, estoy convencida, ¡venceremos!”.

ARCHIVO INTERNACIONAL DE LA MEMORIA POPULAR

Sistematizar los recuerdos de sus viajes sería una tarea titánica. Hasta la irrupción del coronavirus, Norita andaba siempre de acá para allá, con tres, cuatro y hasta cinco actividades por día, con lo cual nunca tuvo tiempo de sentarse a ordenar todo lo que se traía de cada lugar e iba acumulando. Tal vez por el parate y encierro obligado, tal vez por pasar la barrera de las nueve décadas, un día decidió desempolvar el tesoro que habitaba escondido en el fondo de su casa. Brotaron miles de fotos, recortes de diarios, cartas, afiches, libros y souvenirs de todo tipo desperdigados y amontonados al tun tun en decenas de cajas, cajones y bolsas. Seguramente el procesamiento y ordenamiento de todo ese material tenga como resultado uno de los archivos históricos más fascinantes del país.

Algunas veces con las fotos como ayudamemoria, algunas otras apelando a lo que las vivencias dejaron grabado en su mente, cuando reconstruimos su biografía Norita rememoró sus peripecias girando por el mundo.

OSEPACS

Una de las experiencias que más le impactó y con quienes generó lazos más intensos fue con las madres de Kurdistán, aquel pueblo desparramado entre Turquía, Irak, Irán y Siria que desde comienzos de los ´80 protagoniza un proceso de resistencia ejemplar con el rol protagónico de sus mujeres. Nora cuenta: “Un día me vinieron a ver dos chicos que querían hacer una película con las madres kurdas y me invitaban a viajar y filmarla allá. Lo primero que pensé fue ¿Kurdistán?, ¿con qué se come eso? No sabía ni que existía… Y encima a los chicos no los conocía, pero me generaron confianza y les dije que sí. Fue una locura, filmábamos subiendo y bajando montañas, yo quedaba agotada. Pero fue una experiencia inolvidable. Me emocionó mucho ver la fuerza de esas madres y compartir con ellas las similitudes que tienen nuestras vidas y nuestras luchas”. Corría el año 2013 y Nora volvía a dar rienda suelta a su intuición y su curiosidad. Se embarcaba, una vez más, en una incierta travesía del otro lado del mundo y con dos jóvenes desconocidos, Nicolás Valentini y Alejandro Haddad (maestro, poeta y escritor fallecido en 2014 con sólo 34 años y a quien Nora siempre recuerda). El resultado de ese periplo fue la película “Pañuelos para la Historia”, una conmovedora simbiosis de dolores, ausencias, terrorismos de Estado y dignas fortalezas tejiendo un puente entre Oriente y Occidente.

En marzo de 2019, Nora volvió al Kurdistán turco. Esta vez para solidarizarse con las más de cinco mil presas y presos políticos que se encontraban en huelga de hambre. La principal referente de esa medida de fuerza era la diputada Leyla Güven, a quien Nora visitó cuando cumplía 114 días en huelga de hambre y estaba en un estado de salud muy deteriorado. “No lo hacemos para morir, lo hacemos para vivir dignamente –le explicó Leyla–. Cuando entraste a mi cuarto me llené de vitalidad, nosotras compartimos el mismo dolor pero también la misma esperanza”.

Otro territorio que le despierta una sensibilidad especial es Haití, el país más pobre (o más bien el más empobrecido) de Latinoamérica, a donde viajó tres veces. En 2005 encabezó, junto a Adolfo Pérez Esquivel –otro de sus principales compinches–, una delegación internacional para denunciar la ocupación de las tropas de la misión de las Naciones Unidas (en ese momento llamada MINUSTAH). Norita siente un compromiso particular con ese pueblo: “Haití sigue pagando el castigo de su dignidad por haber sido el primer país de América que se independizó y el primero en el mundo que abolió la esclavitud. Es un país estratégico que las grandes potencias, sobre todo Estados Unidos y Francia, nunca dejaron de dominar y saquear. Estuve varias veces visitando las barriadas, con dirigentes sociales y sindicales, es un pueblo muy luchador que, pese a todas las adversidades, siempre sale a la calle a dar la pelea. La comunidad internacional no ha reparado en el inmenso daño que provocó la MINUSTAH incluyendo la epidemia de cólera que mató a más de diez mil personas. Creo que las latinoamericanas y latinoamericanos tenemos una deuda muy grande con el pueblo haitiano, no le brindamos la solidaridad que merece y necesita”.

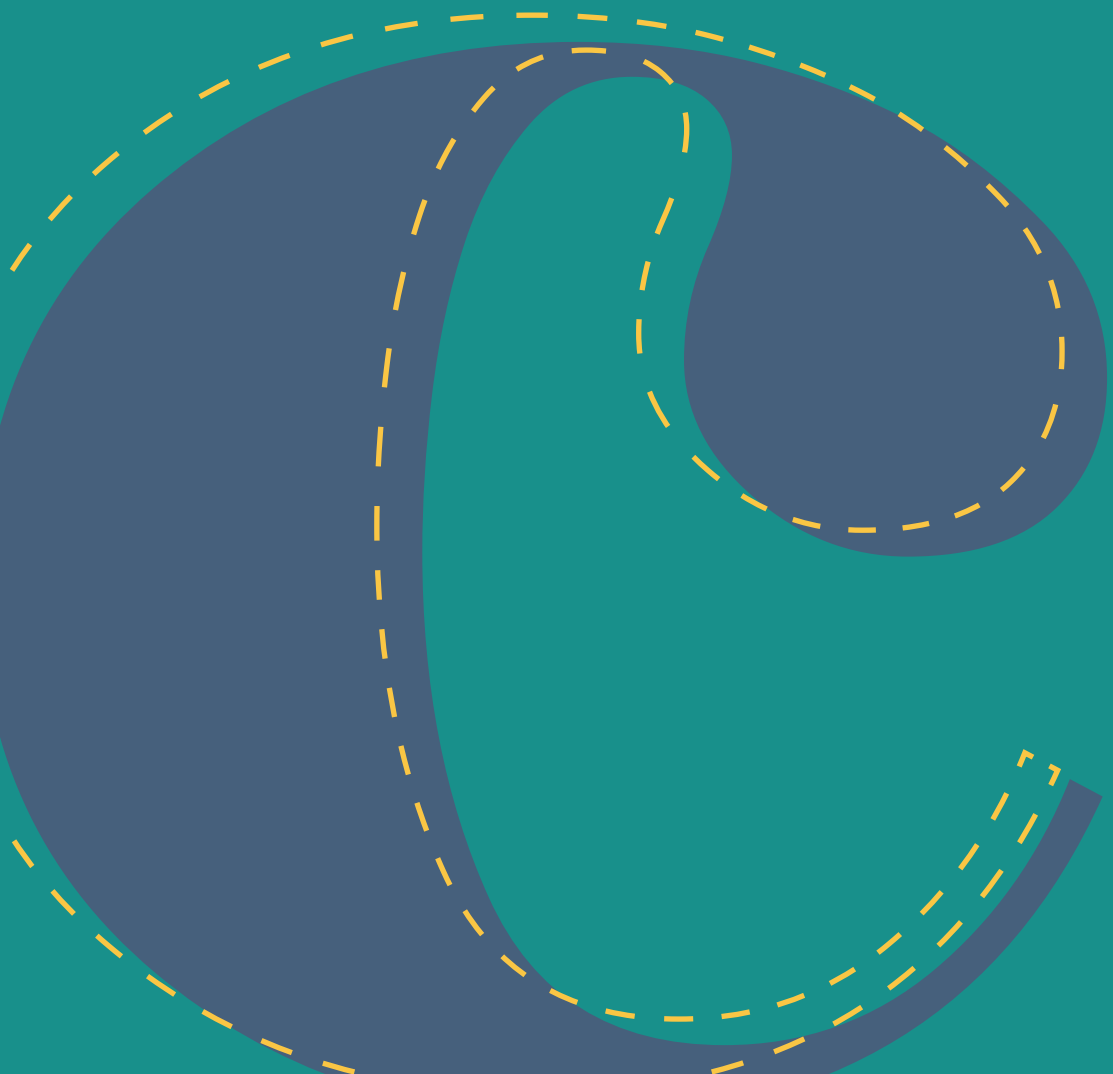
Ricardo Stuckert

DARLE LA VUELTA AL MUNDO

Sería interminable enumerar los destinos a los que llevó su abrazo solidario. Algunas fotos que emergen de este infinito y desordenado archivo nos ayudan a viajar en el tiempo y refrescar sus visitas a territorios lejanos. Como aquellas imágenes regalándole un pañuelo blanco al Subcomandante Marcos o tomada de la mano de unas jóvenes indígenas cubiertas con sus pasamontañas, en la previa del fin de año de 2008 que pasó celebrando y bailando en una comunidad zapatista. O la otra abrazada por Fidel Castro en uno de sus tantos viajes a Cuba: “Era un hombre muy simpático, cordial, siempre nos decía cosas muy bonitas y nos hacía regalos. Me acuerdo que yo le llegaba a la cintura y le decía “ay Fidel, qué alto que sos” y él me respondía “Norita, tú eres más grande que yo…”. O caminando con Berta Cáceres en la Honduras tierra adentro, a donde llegó apenas unos días después del golpe de Estado de 2009, en medio del peligro y una máxima tensión, para sumarse a la Comisión de la Verdad que se conformó para dilucidar la trama del golpe. Allí entabló un estrecho vínculo con la icónica lideresa feminista, indígena y ambientalista asesinada en 2016, a la que recuerda como “una mujer muy valiente, una luchadora inclaudicable que defendía a su pueblo y a sus ríos, sencilla y muy tierna. De los mejores ejemplos que conocí en mi vida”. O esa emotiva foto con Lula besándole la frente, cuando fue a Brasil para rechazar su detención en 2018. O esas varias a las risotadas con Evo –con quien comparte mucho más que el apellido–, envueltos en vestimenta indígena en una de sus asunciones presidenciales. O al borde de las lágrimas en el cementerio de las Islas Malvinas homenajeando a los soldados caídos: “Hay que reivindicar a los pibes de Malvinas, ellos fueron llevados a pelear a esas islas por los mismos genocidas que se llevaron a nuestros hijos”. O en el recóndito y ardiente Sahara Occidental, donde conoció la resistencia del pueblo saharaui contra la ocupación de la monarquía de Marruecos. O en festividades en la India y en Sudáfrica, empapándose de culturas y tradiciones inimaginadas. O probándose un kimono y regalando pañuelos verdes en Japón, a donde viajó en 2018 para acompañar la denuncia por las mujeres esclavizadas sexualmente durante la Segunda Guerra Mundial: “Japón es un país que aparenta mucha modernidad, pero esconde bajo la alfombra todo este dolor. Me gustaría que el grito de estas mujeres se escuche en todo el mundo”. O fundida en otro abrazo sororo con las Madres de Soacha, que reclaman justicia por sus hijos asesinados como “falsos positivos” por el Ejército colombiano en los tiempos de Álvaro Uribe. O aquella postal en Chile en noviembre de 2019, en su último viaje al exterior de la era pre-pandemia, sosteniendo una bandera mapuche con una barricada de fondo en pleno estallido social. ■

Norita: conexión con el flujo del tiempo

Por Marta Dillon



Tengo un recuerdo muy nítido del 24 de marzo de 1996, a las 3.10 de la madrugada, cuando se formó la cabecera de la Marcha de las Antorchas al costado de Plaza de Mayo, muy cerca de la Catedral. No encuentro la foto pero siento todavía el brazo cálido de Nora Cortiñas tomado del mío y el gesto atrevido de recostar un instante la cabeza sobre su pañuelo blanco. Esa marcha había sido convocada por H.I.J.O.S., era el primer 24 de marzo que íbamos a estar en la plaza con nuestra propia bandera. Compañeros y compañeras de todas las provincias habían viajado a Buenos Aires para armar esa columna y caminar hasta Tribunales, donde dejaríamos, otra vez, Hábeas Corpus por nuestras madres y padres todavía desaparecidos. Las Madres no se fueron a dormir, estaban ahí, para caminar con nosotres, como si nos dieran la bienvenida a casa, a una casa abierta y llena de rebeldía, hecha con los pasos, el coraje, la lucidez de unas Viejas a las que se llamaba así, más por reconocimiento de la familia política que por su edad. Porque si a ellas, como a muchas le gusta o les gustaba decir, las habían parido sus hijos e hijas, a nosotres, la generación que seguía, nos estaban pariendo otra vez las Madres de pañuelo blanco.

Para muches de nosotres -que no hablábamos así entonces sino que nos reconocíamos sin demasiado trámite, todavía, en el masculino universal- no era la primera vez en la Plaza, claro. Había quienes habían marchado con ellas infinidad de veces, habían sido criades por esas abuelas que habían dejado la casa para empujarnos a todes a la dignidad de la lucha. Pero ahora teníamos bandera propia y las Viejas, codo a codo en la primera línea, nos daban su abrazo guerrero.

“Cuando era niña soñaba con princesas, soñaba con llevar a mis hijos a la calesita. No era una revolucionaria como ahora. Mi nombre es Nora Morales de Cortiñas, pero todos me conocen como Norita”, se la escucha decir a esta mujer de 88 años, de figura tan menuda que no se puede esquivar el diminutivo. Con esa sonrisa que pocas veces se borra y esas piernas fuertes y morrudas que aun acompañándose ahora de un bastón no han dejado de caminar ni un solo día desde el 15 de abril de 1977, cuando el Terrorismo de Estado secuestró y desapareció a Gustavo, su hijo mayor. De él no hay rastros, no se sabe dónde lo tuvieron secuestrado, no se sabe cuándo y dónde lo mataron. Se sabe, en cambio, que su madre lo sigue acunando sobre su pecho, que la imagen de ese joven de 24, barbudo y con una chispa en los ojos que atraviesa la foto -unos ojos tan de Norita- no dejará de caminar con ella hasta ahí donde sea necesario.

“Quiero que me recuerden como la que siempre estuvo”, dice Norita en uno de los audios que quedaron registrados mientras ella mira las fotos, los recortes de diarios, las cartas y afiches que forman parte de su propio archivo. Y ese deseo está cumplido. Es la manera más rápida de identificarla entre las Madres, porque desmarcada incluso de lo que opinan o no sus propias compañeras ella estuvo y está. Estará. En las marchas contra el gatillo fácil, denunciando la expropiación que significa la deuda externa, acompañando a docentes despedidos, a las fábricas recuperadas, a la lucha contra los agrotóxicos, la persecución a les migrantes senegaleses que venden en la calle, a la situación en los barrios vulnerados… el etcétera es tan largo que cada quien sabrá cómo completarlo porque quién ha militado por la justicia y contra la exclusión seguro tiene una anécdota para contar en la que ella está iluminando con su sonrisa y su energía inacabable.

En el último Paro Feminista que estuvimos en la calle, el 8 de marzo de 2020, Norita estuvo en el escenario. Todavía no teníamos el aborto legal y tuve el honor de llevarla otra vez de mi brazo para subir con su pañuelo verde en la muñeca y el blanco tapando sus rulos ya casi del mismo color que esa tela blanca con el nombre de su hijo bordado. “Voy a decir que no nos invisibilicen más”, pero como siempre dijo mucho más, además del fragmento del discurso que le tocaba leer. Y nos dio la posibilidad de decir “¡Presente!” por las y los 30 mil desaparecidos y desaparecidas, de gritar con ella “Hasta la victoria siempre”, poniendo en esas palabras las luchas que nos atraviesan como pueblo y como entramado de generaciones que han hecho sus pactos por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Así es abrazar a Norita, es como conectarse con el flujo del tiempo, de las voces y las luchas, un ida y vuelta en el que nos sostenemos y nos alentamos, tiramos de la memoria colectiva como de una soga de la que aferrarse en la corriente de lo que amenaza y resistimos, la precarización de nuestras vidas, la deuda omnipresente desde el inicio de la dictadura, la represión que no se desarticula y pega siempre sobre los mismos, sobre las mismas; la violencia machista cada vez más desnuda, la expropiación de la potencia de quienes hacen/hacemos los trabajos -ahora menos- invisibles de cuidado, la condena a nuestros placeres, a nuestras decisiones.

“El aborto fue un tema difícil para las Madres. Éramos muy madres, tanto que marchar los jueves fue porque a una compañera muy católica y supersticiosa se le ocurrió que los días con “r” daban mala suerte, otra dijo que quedaban lunes y jueves y el lunes se descartó porque era día de lavar la ropa. Así de madres éramos”. Pero Norita ya estaba en el Encuentro Nacional de Mujeres en 1989, para denunciar ahí, en ese lugar donde se empezaba a construir un feminismo popular y diverso, las torturas en las comisarías a pibes, para decir NO también a la impunidad que se iba a consagrar el año siguiente con el Indulto de Carlos Menem a los comandantes de las Juntas genocidas que habían gobernado el país entre 1976 y 1983. Ese era su escenario también, y ahí estaban sus compañeras. Ahí buscaba compromiso y acción y no solidaridad, porque la violencia institucional y la impunidad del Terrorismo de Estado nos atravesaba a todas.

LAS MADRES, a documentary film by Susana Munoz and Lourdes Portillo.
A First Run Features release. (212) 243-0600

Muchos años después de ese primer Encuentro, cuando ya empezaba a dejar de ser sólo de Mujeres y se abría por pura prepotencia de las travestis a otras identidades, Norita participó en un taller de sexualidad. Lo contó en un encuentro de Varones Antipatriarcales un poco antes de los años pandémicos. Dice que se sentó en el aula -los talleres casi siempre son en aulas escolares y hacen su propia pedagogía- con curiosidad y empezó a escuchar a unas chicas lesbianas hablar de sus prácticas sexuales. Tenía el pañuelo puesto y mientras las oradoras avanzaban en su relato ella empezó a jugar con el nudo que lo ajusta bajo su mentón. Lentamente se lo fue sacando. Ahí, dijo, se sentía mejor con los rulos al viento. El auditorio estalló de risa. Ella también, feliz de ver el efecto de su travesura.

Dije que abrazar a Norita es conectarse con el flujo del tiempo y de las luchas. No es suficiente, abrazarla es confirmar que una está en el lugar correcto. En donde quisiera quedarse si se pudiera tener una entrega a les demás del tamaño de la que ella tiene. Esa energía es la que brinda en cada abrazo y en cada presencia al lado de quienes la necesitan para encadenar sus demandas a las demandas de otras generaciones: la que fue masacrada por imaginar un mundo más justo, la que salió a la calle para pedir Justicia por ellos y por ellas y así construir pertenencia para todos, para todas.

DEJAR LA CASA

Nora mira las fotos de su archivo, ni ella misma sabía que tenía tantas. La memoria va y viene, las imágenes que tiene delante la retratan de niña, con sus padres llegados de España y huyendo de la guerra, con las cuatro hermanas -cinco con ella- que se sentaban a la mesa cada mediodía y cada noche para “cargar” al padre por ser el único en ese gineceo. “Yo lo hacía reír mucho a mi papá, porque soy Aries, de la línea de fuego. No de aire ni de agua, de fuego”.

Una ternura particular acude cuando Norita habla como si se sacara el pañuelo, cuando se ríe frente a las fotos que le encantan, porque se ve fresca, porque se ve joven, porque el Terrorismo de Estado no desgarró todavía su vida y a su familia. Hay una foto en particular que se queda mirando, está haciendo la vela, esa postura de yoga que no recuerda cómo aprendió en 1948. Claro que no soñaba con ser revolucionaria, apenas le alcanzaba la ilusión para conquistar a ese hombre de "hermosos ojos variables". Ojos que cambian con la luz, pero según ella, también con los estados de ánimo. Norita los vio oscurecerse de dolor y de miedo después del secuestro de Gustavo, por el hijo y también por su esposa a quién de un día para el otro dejó de ver porque se despertaba antes que nadie y volvía cuando ya estaban durmiendo.
"Fue un gesto feminista, porque nosotras, todas, dejamos la casa. Yo la dejé, no tuve ninguna duda, sabía que tenía que salir y lo hice sin consultar. Con los años me doy cuenta de que ese gesto es feminista porque entonces no sabía ni qué era ser feminista. Creía que era estar en contra de los hombres. Y yo tenía dos hombres en mi casa."

Norita define su casa, la que construyó con su marido y con ayuda de las familias de ambos, como una "casa patriarcal". El marido trabajaba y aportaba el salario, ella se quedaba adentro "con los trabajos invisibles de las mujeres". Daba clases de alta costura y también cosía para otras. Cuando tuvo que dejar esa casa, igual siguió atendiendo a los suyos. "Esa doble vara", dice ella para describir el levantarse a las seis de la mañana para dejar el guiso hecho a las ocho y poder partir a reclamar por su hijo primero, por los hijos y las hijas de todas las Madres después. Que empezaron a dar vueltas a la Plaza de Mayo quince días después del secuestro de Gustavo Cortiñas.
"Algunas no sabíamos nada, otras venían de experiencias más formadoras. Había quién había escapado del nazismo, otra madre que había sido sindicalista, aprendimos unas de las otras y nos organizamos sin tener del todo claro nada más que la necesidad de tocar todas las puertas. Hacíamos cartas y las llevábamos, confiábamos en nuestra capacidad de demandar, en que éramos madres con pañales en la cabeza porque algunas se habían quedado con bebés a cargo. Los padres colaboraban pero no hubieran podido hacer lo mismo que nosotras. Yo no tenía miedo, tenía solamente miedo de que lo que yo hacía pudiera perjudicar a Gustavo".

Sin embargo, la represión también se ensañó con ellas. De Azucena Villaflor, Norita guarda recuerdos queridos y también dolorosos. “Era una líder natural, para nada autoritaria ni personalista. De alguna manera sabía lo que teníamos que hacer y era no quedarnos solas con el dolor, ir todas juntas y por todos nuestros hijos”. ¿Tenían conciencia de lo que podía pasar? Sí, trataban de no hablar por teléfono, de no irse solas a sus casas aunque a veces no quedaba otra chance, porque una vivía en Avellaneda y ella, por ejemplo, en Morón. Y no se podía avisar sino se llegaba, así que Norita volvía, a la hora que fuera pero volvía. No quería que su marido y su hijo se preocuparan. Además en su casa, después del secuestro, vivían también su nuera y su nieto Damián. “Después del secuestro de las Madres en la Santa Cruz y de Azucena Villaflor no nos detuvimos, al jueves siguiente estábamos otra vez en la Plaza”.

VIAJAR, APRENDER

El primer viaje que le tocó a Norita fue a Chile. Quería hacerlo, pero a la vez no sabía cómo decírselo a su esposo. Fue María Rosario, otra Madre, la que le dijo a Carlos Cortiñas que había sido elegida para ese viaje. “Fue un momento violento pero educado”, dice ella en la entrevista donde reflexiona frente a las imágenes de su archivo personal. “Un momento contenido”. Su generación, y ella lo sabe, tenía que hacer equilibrio como todavía lo seguimos haciendo todas, con más respaldo, con más feminismo cuidándonos las espaldas, con la experiencia de las Madres sosteniéndonos. “No pedí permiso, era avisar. Pero a la vez, pedí permiso”.

Y no cuenta si el permiso le fue concedido, pero lo tomó lo mismo, tal vez aprovechando esa contención, esa educación a la que alude. Después siguieron otros, muchos. A Italia y Francia con Renée Epelbaum, con quien fueron a ver a Juan Pablo II. La imagen que capturó ese encuentro es elocuente: Norita con los ojos bien abiertos, la boca y las manos en el gesto de increpar, de pedir escucha, atención. Su compañera, más modosa y sin pañuelo, expectante. A Renée, o Yoyi como le decían, le habían secuestrado tres hijos. Ella había intentado protegerlos llevándolos a Uruguay, no fue suficiente.
“Yoyi hablaba en inglés, por eso fue la primera que empezó a viajar, hasta que nos dimos cuenta que podíamos tener traducción.” Ese derecho inalienable para quienes van a los países colonialistas a buscar apoyo para sus causas. Porque no se puede estar hablando todo el tiempo la lengua del amo. “Yo soy más… no sé cómo decirlo… más expresiva, más insistente”, dice Norita de sí misma.

Los viajes la educaron, dice, como latinoamericana, como latina -reconociendo a su padre y su madre migrantes españoles-, como observadora de la pobreza en el mundo, del dolor del mundo. “Y a la vez, en el lugar más extremo, como Haití, de pronto aparece una pelota y los niños juegan y se ríen”. Ese es el gesto que ella conserva, esa capacidad para la empatía, esa capacidad para conservar una sonrisa inoxidable que sabe ver el contraste con la muerte y quedarse de este lado, del lado de quienes insisten en la lucha y también en el juego de pelota.

“Lo que me hacía muy mal era el lujo. Íbamos a contar nuestra historia, a pedir apoyo internacional, a promover juicios internacionales. Pero nos hospedaban en hoteles de lujo, íbamos a congresos y foros en los que hablábamos de miseria, pero comíamos bien. Eso siempre me hizo mucho mal. Pensaba en Gustavo, en su amor por los chicos de la Villa 31, donde estaba el padre Mugica, no sé si a él le hubiera gustado. Nosotras, en esos viajes, también aprendimos a convivir con los dolores que nuestros hijos e hijas vieron”.

Pero es un alivio verla posando frente a paisajes y monumentos, en Roma, en Moscú, en Nueva York y Washington, en Haití, en India, en Cuba, abrazada a Fidel, en Venezuela donde recibió los honores de Chávez. En todas las fotos Norita alumbra con su sonrisa. Que haya sentido placer, curiosidad por otras geografías, un mimo para ese cuerpo que aguanta el cansancio hasta quedarse dormida en algunas charlas por una urgente necesidad de recuperar energía. Todo eso es un alivio y una alegría. Y la alegría y la lucha, ella lo muestra todo el tiempo, necesitan ser mejores amigas.

Encuentro en Neuquén

Marcharon más de

Nora de Cortiñas, de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo

"Se repiten casos de tortura"

24 horas de resistencia al olvido y al perdón en la Plaza de Mayo

Con el lema "No olvidamos, no perdonamos", las Madres iniciaron ayer la Novena Marcha de la Resistencia que culminará hoy a las 19 con la participación de organismos de derechos humanos y agrupaciones de izquierda

DESMARCADA

Cuando las asambleas feministas se ponen peliagudas, desde el Colectivo Ni Una Menos solemos pensar y llamar a Norita. Es una manera de ubicarse, de refugiarse también. De saber que es posible encontrar la manera de esquivar las pequeñas disputas partidarias para imaginar un movimiento que las supere. Norita siempre se mantuvo al margen de las disputas por posicionamientos coyunturales. No la vieron ni la verán en el escenario montado por ningún gobierno. Es un compromiso que tomó apenas terminada la dictadura, ese final que no recuerda aunque lo intenta en la entrevista que le hicieron para acompañar el cúmulo de imágenes de su archivo. "¿Cómo puede ser que no me acuerde de ese día? Tendría que hablar con María Rosario", dice como para sí misma pensando en aquella Madre que un día enfrentó a su esposo, no para pedirle permiso sino para anunciarle que su esposa se iba a ausentar más todavía de la casa. También piensa a veces que tendría que preguntarle a Juanita, la hermana que la visitó y se quedó con ella en su luna miel en El Tigre porque la extrañaba. La memoria nunca es individual, es un diálogo, un coro de voces que se entrelazan.

Cuando le preguntan a Nora, o más bien se da por sentado, que a esa casa cerrada y patriarcal de la que ella hablaba no volvió, dice que ahora en la pandemia estuvo más tiempo adentro. Y queda pensar que ese tiempo haya sido, sea, de descanso, de acumular otras fuerzas, de cuidar sus plantas, de estar con les nietes. Es tanto lo que le debemos que si se pudiera parar el mundo para que ella no tuviera que salir otra vez a reclamar, a grabar un video o tomar del brazo a quien necesita fuerza para caminar, lo haríamos.

Contra la impunidad del terrorismo de Estado, contra la impunidad del aparato represivo que siguió matando y descuenta pibes como si no valieran, contra la violencia machista y patriarcal, ahí está ella, Norita, inoxidable. Marchando contra la deuda en los 2000 y marchando con la consigna feminista "la deuda es con nosotres" en 2020, ahí está ella. Y donde esté, habrá que estar también. Porque es ahí y no en otro lado donde cueste lo que cueste, crecerán mil flores. ■